

# SITIO de CARTAGENA

1815

CDD986.103

POR

**CARLOS E. CARRIZOSA**

TRABAJO QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO (MEDALLA DE ORO) EN EL  
CONCURSO ANUAL ABIERTO POR LA  
ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA.  
EN 1915



RUIZ Y HERNANDEZ  
CASA EDITORIAL  
CARTAGENA DE INDIAS  
MCMXVI



## NOTA EDITORIAL

---

Cuando a fines del pasado año fué sabido que se avecinaba la solución del Concurso abierto por la Academia Nacional de Historia, sobre el sitio sufrido en esta ciudad en 1815, la Dirección del «Boletín Historial» hizo solicitud a Bogotá de los trabajos que ganasen los dos primeros premios, con el deseo que fuese dicha Revista la primera que los diese a luz en la entrega correspondiente a Diciembre, que era consagrada a la dolorosa conmemoración.

El Dr. Eduardo Posada, a quien se confió la comisión en Bogotá, cumplió su cometido con toda eficacia y pronto fueron recibidos en esta ciudad los trabajos premiados, que remitieron sus autores, Srs. Carrizosa y de Uricoechea, acompañándolos de muy hermosas cartas para el Director del Boletín, por las cuales vése, que ambos autores no solamente elaboraron su estudio incitados por la honrosa liza, sino que fueron también movidos por el amor a las glorias de este pedazo de tierra, patria de tantos héroes y mártires y teatro de tan altísimos hechos.

Desgraciadamente, los deseos del Boletín no pudieron realizarse, porque dada la extensión de los trabajos remitidos, ni aún triplicando el formato era posible darles cabida completa. Esto sin tomar en cuenta que dicha Revista tenía de por sí gran cantidad de materiales de forzosa publicación en la entrega de Diciembre y los cuales ya rebasaban los modestos límites de ella.

Enteróse la Junta de los Centenarios de 1815 | 16 de lo que ocurría, e inmediatamente, su ilustrado Presidente, Sr. H. L. Román, se entendió con el Director del Boletín y consiguió le fueran proporcionados los dos trabajos sobredichos con el plausible fin de editarlos bajo su patronazgo, acertadísimo paso, ya que con ello se dejaba, para los tiempos futuros, un testimonio impercedero de la manera como la Junta había honrado la memoria de aquellos que, ha cien años, supieron sacrificarse gloriosamente por la Patria.

Ven pues la luz estos meritorios trabajos, a impulso de la Junta del Centenario, que, dicho sea en justicia, no ha omitido esfuerzo de ninguna clase (a pesar de los abrojos que ha encontrado en su senda) para cumplir su cometido de manera discreta y patriótica.

Bien quisiéramos añadir a estas cortas líneas (que son apenas mera explicación editorial) algunas consideraciones críticas sobre los trabajos que se publican, mas, después del fallo de la docta Academia Nacional de Historia, consideramos una inocente majadería loar lo que ya está calificado como óptimo. Así lo estimará sin duda el ilustrado lector al leer las piezas que hallará en seguida y que ven hoy la luz bajo el mismo sol que irradió, hace una centuria, sobre los muros legendarios, testigos de la epopeya que con tanta fortuna nos relatan dos entusiastas jóvenes amantes de la Historia y de las glorias de nuestra patria heredad.

E. de S.

# SITIO DE CARTAGENA

1815

---

## PRELIMINAR

Adicto, como siempre he sido a los estudios históricos, por haber encontrado en ellos un aliciente a mi curiosidad, no he podido menos de ocupar algunos de mis ocios en buscar lugares, fechas, personajes, acontecimientos y todo lo demás que directa o indirectamente se roce con nuestra Historia, y particularmente, con aquellos capítulos que anualmente nos ha propuesto para su estudio la honorable Academia Colombiana de Historia. Sólo en esta ocasión me he decidido a enviar a la dicha corporación el trabajo que anualmente he venido elaborando; en él escasean los adornos literarios, las afirmaciones inmotivadas, los juegos de palabras y las parcialidades políticas o religiosas, tan explotadas en la historia de todos los tiempos y de todos los países.

El sitio de Cartagena es uno de los acontecimientos más predominantes en la historia de nuestra Patria, y por consiguiente, más digno de estudio; pero, antes de entrar de lleno a tratar el asunto propuesto para el presente año, por la Academia, he creído conveniente el examen de algunos hechos que íntimamente van unidos a tan gloriosa época.

Habiendo sido tántas y tan variada la suerte de las familias que emigraron de Cartagena el 5 de diciembre, ellas deben ocupar un capítulo especial en nuestra Historia, cuyo trabajo será más o menos de la misma extensión que el presente. Otro tanto corresponde a los patriotas que fueron sacrificados por Morales, Montalvo y Morillo y otros jefes realistas, en los días que subsiguieron a la toma de Cartagena.

Aparte de los muchos documentos que se llevaron los emigrados de 1815 y de los que incineraron antes de partir, para no dejar á las autoridades españolas que iban á ocupar la plaza, pruebas fehaciente de la responsabilidad que los primeros acababan de contraer con el Gobierno de la Península, por sus compromisos en la independencia, (documentos los llevados que debieron perderse, como perdieron casi todos los emigrados sus bienes y hasta sus vidas) el Capitán General D. Francisco Montalvo y D. Pablo Morillo recogieron de todas las oficinas públicas, y del poder de varios particulares, cuantos documentos hallaron impresos y manuscritos que pudieron dañar lo que ellos llamaban la excelencia del sistema colonial de España, ó dar alguna luz sobre las medidas adoptadas por las corporaciones y autoridades independientes sobre la conducta política de éstas.

Pruebas evidentes de la recogida y destrucción de tales papeles y comprobantes son, entre muchas que podría citar, el oficio dirigido por el Virrey Sámano al inquisidor Odériz, cuando aquel quiso obtener de este, algunos documentos para agregarlos á algunos procesos pendientes en el tribunal de la inquisición, que llamaban del Santo Oficio; y la nota del Intendente del Magdalena, General José Ucrós, enviada al Secretario del Interior en respuesta a la que recibió del Gobierno Nacional sobre remisión de archivos, correspondientes a la época de la transformación política. El primero dice así: «En virtud del oficio de U. S. del 14 de Abril último, me instruyó el Comisario del Santo Oficio don Antonio de León, cuáles eran los documentos que U. S. me pide, en el concepto de haberse trasladado de la Imprenta de esa ciudad a la Secretaría de la Cámara del Virreinato, en tiempo de mi inmediato antecesor, y en el que se condujeron a esa capital. He hecho escrupulosa indagación, resultando que todos los papeles que existían en esa imprenta se recogieron y se examinaron por el excelentísimo señor General en Jefe del expedicionario don Pablo Morillo, quien tal vez dispuso que se quemasen unos y se reservasen otros, llevándose los consigo, y que mi antecesor acordó que se quemase o se rompiese el resto, con cuyo motivo no vino con la Secretaría ningún manuscrito ni impreso de tal clase, y como por otra parte, se quemaron en esta plaza pública después del ingreso de las tropas del Rey, cuantos habían del mismo género, bien en poder de los impresores, bien en manos particulares, es indudable que no pueden hallarse los indicados ciertos documentos.»

Dígolo a U. S.—Juan Sámano—Santa Fé, 19 de Julio de 1818—Señor Inquisidor—Décano doctor don Juan José Orderiz—Cartagena.»

La segunda es del tenor siguiente :

«Señor Secretario de Estado y del Dto. Interior—Como el archivo del Gobierno Español de esta Plaza contenía sólo papeles particulares y órdenes poco o nada importantes a nuestro actual Gobierno, se estuvo en el caso de permitir se los llevasen al tiempo de la emigración; por consiguiente, y habiéndose quemado en el año de 1815, antes de la evacuación de esta plaza por nuestras tropas cuantos existían anexos a la revolución de Venezuela y Nueva Granada, siente esta Intendencia sobre manera no poder dar cumplimiento a las disposiciones del Gobierno que V. S. comunica en oficio de fecha 9 del que finaliza—Número 145, a que contesto—Dios guarde a V. S.—J. Ucrós—Cartagena, Noviembre 30 de 1823.»

De aquí la gran dificultad de allegar documentos que pondrían de manifiesto las glorias de muchos nombres que permanecerán ocultas en el ignoto martirologio de nuestra Patria. Apesar de esto, no he ahorrado tiempo para buscar entre los escritores contemporáneos a la Guerra Magna, los datos que parecen más auténticos.

Por demás es decir que Cartagena es quizá la ciudad que

más abunda en tradiciones históricas, más o menos adulteradas, que el recto criterio del historiador podría presentarnos con mucha lucidez y amenidad.

No fué Europa la única región que se conmovió a la caída de Napoleón en 1814. América también fué sacudida, y la causa de su libertad hizo una gran crisis con la vuelta de Fernando VII al trono de España.

Una de las principales preocupaciones del Monarca fué la de afianzar su autoridad en los dominios de la América. Desde entonces a 1820, corrieron los días más gloriosos para la Nueva Granada, pues durante esa época los soldados granadinos tuvieron que combatir contra los mismos ejércitos españoles que días antes sembraron el pánico entre las fuerzas francesas.

La atención de Fernando se encaminó a socorrer la plaza de Montevideo cuyo vecindario había permanecido fiel al Rey y en seguida a contribuir a la pacificación de las provincias del Río de la Plata; mas, con la noticia de los triunfos obtenidos por los «esclavados» de la Capitanía General de Venezuela y de la Nueva Granada y Nueva España sobre las fuerzas reales, el gobierno español consideró de primera importancia mantener un respetable pié de fuerza en el Istmo de Panamá, reconocido como la llave de ambas Américas.

Al mismo tiempo, don Miguel Larizábal y Uribe, Ministro de la Guerra en España, se dirigió á Don Francisco Montalvo, Capitan General del Virreinato residente á la sazón en la Capital de la sumisa Provincia de Santa Marta para que ésta hiciese saber a los «revoltosos» de la Provincia de Cartagena los muchos males que se les esperaban, si espontáneamente no deponían las armas y se sometían a la autoridad real. La comunicación termina de la manera siguiente: «Los Españoles no tienen enemigos sino admiradores; pueden disponer de cien mil guerreros para reducir de grado o por fuerza a las Américas y no consentirán que ninguna potencia extranjera se mezcle en este asunto doméstico».

El Sr. Montalvo, fiel a las órdenes de su Ministro, comunicó a Don Manuel Rodríguez Torices, ilustre Presidente de la Provincia de Cartagena, la inquebrantable resolución de su Gobierno en sojuzgar la provincia insurgente. Entre otras cosas decía: «... Permítame, pues, U. S., repetir que no queda otro camino para que cesen las calamidades públicas, que el de una ingenua reconciliación. ¿Pero qué? ¡Ceguedad fatal! ha de esperar V. S. y ese Gobierno para efectuarla á la llegada de tropas que espero por momentos!..... Una conducta opuesta cargaría sobre V. S. y los demás que influyen en la opinión del pueblo la responsabilidad personal de la sangre que injustamente se derrame, y la de los males consiguientes a esta guerra sin objeto, ni esperanza, la más remota, de llevarla a un término favorable».

Don Manuel Rodríguez Torices respondió lacónicamente al Sr. Montalvo, pero en términos enérgicos. Al mismo tiempo se dirigió al Congreso Nacional, haciéndole una exposición de la

situación de la plaza y de lo comunicado por el Capitán General. El eximio Camilo Torres Presidente de la Corporación, respondió al Sr. Torices con una magnífica epístola, capaz, por sí sola, de engrandecer a un hombre, en la cual culminan los puntos siguientes: «La América, grande en su extensión, poderosa en sus recursos, incapaz de ser gobernada bien en ningún sentido por una Potencia distante, conoció que era llegado el tiempo de su emancipación, que su suerte sería siempre miserable y precaria dependiente de ajenas manos; que no le convenía estar expuesta a los vaivenes de eternas disensiones políticas de otro continente; que la naturaleza no en vano la separó de él, y que para su felicidad y la del género humano debía ser independiente..... La antigüedad de una usurpación agrava el delito, no lo justifica. Los moros dominaron setecientos años a España y España se creyó con derecho a arrojarlos de la Península..... Que olviden, pues, nuestros enemigos el empeño de someterla a su arbitraria voluntad. Pero si por desgracia se obstinan en hacerla esclava, sepan que América será libre, y que la guerra y los males con que nos amenazan no nos intimidan. Más cruel y asoladora no puede ser que la que nos han hecho hasta aquí en nombre de cuantas autoridades se han levantado en España.....; pero si la fatalidad que preside a los Consejos de España llevare adelante la empresa de subyugación de que está encargado el gobernante de Santa Marta, que se dice Capitán General y Jefe superior político del Reino, nuestra conducta variará también al mismo paso, y él y sus semejantes serán personalmente responsables de una guerra injusta de su parte, en querer esclavizar pueblos, necesaria y la más legítima por la nuestra, para defendernos..... Tal es la respuesta que dará V. E. al gobernante de Santa Marta (don Francisco Montalvo) a su intimidación del 15 de Julio, en nombre del Presidente del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, encargado de su Poder Ejecutivo federal, expresándole el vivo dolor que siente en que ella haya de dirigirse a un americano que próximo a finalizar su existencia, no teniendo ya otra cosa que ambicionar sino su descanso, aspire al triste consuelo de oír en sus últimos momentos el ruido de las cadenas que él mismo haya forjado a sus hermanos.»

«Dios guarde a V. E. muchos años—Camilo Torres,—Presidente del Congreso.»

## EXPEDICION PACIFICADORA.

Al aguerrido ejército español sólo faltaban los recursos necesarios para cumplir las órdenes del Rey y marchar sobre la Capitanía General de Venezuela y el Nuevo Reino de Granada.

Graves dificultades fueron las que se presentaron al Gabinete de Madrid para el apresto de aquella fuerza; mas, a pesar de lo exhausto del erario real, de la nulidad del crédito del Gobierno y del miserable estado de la Marina española, se vencieron todos los obstáculos, pues el Comercio de Cadiz, con la esperanza de

recuperar el monopolio comercial que por muchos años había gozado, suministró a la Corte todo cuanto faltaba para apear la expedición.

Pocas expediciones tan brillantes habfan salido de España : 10.642 individuos, aguerridos en las luchas con Francia (sin contar la fuerza naval), distribuidos así : Los regimientos de infantería de León, Victoria, Extremadura, Barbastro, Unión de Cazadores de Castilla, con una fuerza de 1.200 hombres cada una ; una columna de 600 cazadores escogidos ; un escuadrón de artillería volante con 18 piezas ; dos compañías de artillería de plaza ; tres de zapadores ; el regimiento de caballería Fernando VII y cuatro escuadrones de Húsares. Además, un parque con toda la dotación correspondiente para atacar una plaza de segundo orden, un hospital ambulante y otro estacional para 1.200 hombres cada uno, provistos de drogas y buen cuerpo de médicos.

La fuerza naval la integraban : el navío de guerra San Pedro Alcántara, tres fragatas y treinta buques artillados y tripulados por 4.200 veteranos ; además, los buques necesarios para transporte de las tropas de infantería.

Jefe de tan brillante expedición fué nombrado don Pablo Morillo. «Era el General Morillo un militar ignorante y sin educación, duro por carácter y que se dejaba arrastrar por movimientos repentinos de cólera ; desconfiado en extremo, aunque no desprovisto de sentimientos generosos, de franqueza y lealtad. Como general, carecía de la ciencia necesaria y de esas combinaciones rápidas para trazar una campaña o dirigir los movimientos imprevistos en el campo de batalla ; pero tenía un valor a toda prueba, energía, y serenidad ; severo sostenedor de la disciplina y del orden en todos los ramos, se hace querer del soldado ; tales dotes constituían de Morillo un Jefe acaso el más apropiado para hacer la guerra en la América». (1)

Hombre de alma valerosa y firme, de algunos talentos y experiencia militar, había comenzado su carrera en las armas con el grado de Sargento de Marina, y en el corto tiempo de cuatro años alcanzó el grado de Mariscal de Campo.

Entre sus proezas contaba la toma de Vigo en cuyo sitio obligó a capitular a los franceses. Luego luchó a órdenes del Duque, de Wellington. Vencido Napoleón, por consejo del Duque Morillo fué nombrado Jefe de la expedición que debía marchar a la Costa-Firme, y en premio anticipado de los triunfos que debía obtener en su empresa fué ascendido a Teniente General.

Como Jefe de la Marina venía el Brigadier Pascual Enrile, oriundo de la Habana (Cuba), y cuyos servicios fueron casi nulos después del incendio del San Pedro Alcántara, «en 1817 volvió a España llevando como trofeo una águila, por la cual recibió en recompensa el nombramiento de segundo Jefe militar de las islas Filipinas» (2)

(1) José M. Restrepo.

(2) Apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el estado actual de las Américas.....París, 1830.

INSTRUCCIONES del Gabinete de Madrid para el General Don Pablo Morillo, General en Jefe de la expedición de Costa-Firme, y para el Jefe de la Marina :

1ª.—Al determinar S. M. que al Mariscal de Campo Don Pablo Morillo se le confriese el mando de la expedición nombrada del Río de La Plata, tuvo presente el emplearlo para restablecer el órden en la Costa-Firme hasta el Darién, y primitivamente en la Capitanía General de Caracas. Los deseos de S. M. quedarán enteramente satisfechos si éste se consigue con el menor derramamiento de sangre de sus amados vasallos, sin excluir del número de éstos a los extraviados de aquellas vastas regiones de América.

La tranquilidad de Caracas, la ocupación de Caracas, la ocupación de Cartagena de Indias, y el auxiliar al Jefe que mande el Nuevo Reino de Granada, son las atenciones principales o las primeras de que se ocupará la expedición. Conseguido ésto, se enviará al Perú el exceso de tropas europeas que se pueda, en todo el año de 1815, y si aún hubiere sobrante se remitirá al Reino de Méjico.

2ª.—MARINA.—1º La expedición se dará a la vela a más tardar el 1º de diciembre próximo, haciendo rumbo a Costa-Firme ; 2º..... 3º Las operaciones de los buques de guerra serán en combinación con las de la tropa, si se necesitare emplear la fuerza contra la Isla de la Margarita, y sorprender los corsarios en los puertos, y los repuestos de pertrechos y víveres que deben tener allí.

4º—Las operaciones sobre Cumaná, contribuirán del modo que la empresa lo exija ; 5º..... 6º—Las fuerzas de mar de Cartagena atenderán a impedir que entren víveres a la plaza, teniendo presente que de los ríos Magdalena y Sinú se surte aquella ciudad. A ésto se ha de sacrificar toda idea o proyecto. La fuerza de mar detendrá todo buque que quiera entrar ; no maltratará a los naturales que cojan, los dejarán ir, con proclamas y cartas para los principales del pueblo, informándose de cuanto conduzcan y hablando siempre con respeto del Cura que los gobierna, alentándolos con una entrevista con él. Si el bloqueo durase largo tiempo y no mudasen de conducta, se les detendrá ; pero es la voluntad de S. M. que no se les maltrate si nó emplean la fuerza. En cuanto a los europeos aunque no se defiendan y sean españoles no se les dará cuartel ; 7º—Si por «Bocagrande» o por la «Pata del Caballo» (Pasacaballos) pudiesen entrar cañoneras y obuseras, conviene atacar a las embarcaciones que estén fondeadas bajo el cañón de la ciudad, sea de noche o de día, pues sacadas de allí o quemadas, se lograría quitar a los sitiados aquellos víveres, aumentar dentro los consumidores, quitar buques que armados podrían incomodar a nuestras lanchas, y que surtiesen la plaza estableciendo convoyes con cañoneras ; 8º—Todas las operaciones de la Marina, contrafuertes y castillos, se combinarán con las del ejército ; 10 ..... 11 ..... 12 ..... 13 ..... Fía S. M. del celo y talento del Jefe de Mar de que hará cuanto esté en su alcance para el buen éxito de

la empresa, y por lo tanto *le autoriza para alterar esta instrucción* en la parte que sea conveniente al real servicio.

3<sup>a</sup> EJERCITO.... 1<sup>o</sup>..... Las tropas deben estar embarcadas para darse a la vela el día 1<sup>o</sup> de Diciembre próximo; 2<sup>o</sup>..... 3<sup>o</sup>..... La primera operación de la expedición será la sorpresa de la isla de la Margarita, la que queda al arbitrio del General en Jefe; 4<sup>o</sup>..... 5<sup>o</sup>..... 6<sup>o</sup>..... 7<sup>o</sup>..... Si felizmente desapareciere la discordia de aquella Capitanía (Venezuela), quedarán cuatro mil europeos de todas armas, irán las demás tropas a Santa Marta para el bloqueo de Cartagena, empleando con preferencia los del país y los aclimatados, operando de Santa Marta a Mompo, arreglándose para estas combinaciones a las noticias del país y las que facilite el General Montes; 8<sup>o</sup>..... 9<sup>o</sup>..... 10..... 11..... El ceñirse a bloquear la plaza de Cartagena, a bombardearla o a sitiarla, lo determinará el General en Jefe con conocimiento de la fuerza de Rey, de mar y tierra, medios y estación, y además, con las noticias del estado de víveres de la plaza, arrabales y puerto. Bien entendido de que es muy importante para el comercio y navegación, el apoderarse del Castillo de Bocachica, y casi tanto como de la ciudad, para cuyo logro no se omitirá sacrificio de la clase que fuere;... 12.... 13..

4<sup>a</sup>... POLITICA... 1<sup>o</sup>.. Al atravesar el cordón de las islas de Barlovento, tendrá el General en Jefe algunos pliegos prontos (por si se presenta algún buque de guerra inglés), para los generales británicos de aquellas islas, y para el Almirante de aquellas posesiones, avisándoles que S. M. ha determinado restablecer el orden entre sus vasallos de aquellas provincias, medida tanto más necesaria y útil para las demás colonias, en cuanto el mal ejemplo puede serles muy funesto, y que se lisonjea el General encontrar en la Nación Británica aquella lealtad que la hace la amiga de España. 2<sup>o</sup>..... 3<sup>o</sup>..... 4<sup>o</sup>—El General en Jefe publicará un indulto en nombre del Rey, a los que en un plazo determinado se presenten, que estén o hayan estado sirviendo contra la causa de S. M.; prometerá recompensa a los que por notoriedad hayan servido bien, o que apesar de las apariencias lo justifiquen... y pondrá a precio las cabezas de aquellos que más influencias tengan, pero esta será, cumplido ya el plazo señalado.....; 5<sup>o</sup>—En este indulto serán comprendidas aún las personas que en la actualidad están en las islas extranjeras. En este número están el Marqués del Toro, actualmente en Trinidad, y Don M. León actualmente en Caracas, personas nada conveniente el que allí se mantengan; 6.<sup>o</sup>..... 7<sup>o</sup>..... 8<sup>o</sup>—En un país donde desgraciadamente están el asesinato y el pillaje organizados, conviene sacar las tropas que hayan hecho allí la guerra, y aquellas que, como algunas de *nuestras partidas*, han aprovechado los nombres del Rey y Patria para sus fines particulares, cometiendo horrores. Debe, sí, separárseles con marcas muy lisonjeras, destinándolas al Nuevo Reino de Granada y bloqueo de Cartagena, de los que por desgracia hay en la Capitanía General de Caracas; 9<sup>o</sup>..... 10—Al dirigirse a Cartagena las fuerzas que han de poner el bloqueo, se oficiará con los Jefes de mar y tierra de Curazao y Jamaica, de que S.

M. ha mandado ocupar la plaza de Cartagena de cualquier medio y se les rogará lo avisen a los buques mercantes y de guerra para que no se acerquen a aquellas aguas ; 11— Hay muchas razones militares y políticas para reencargar la más pronta ocupación de la plaza de Cartagena y del Castillo de Bocachica, por lo que el General en Jefe no debe omitir sacrificio que no haga por lograr estos fines, perdonará a los gobernadores y habitantes prometerá recompensas a nombre de S. M. y las dará a cualquiera que lo ponga en posesión de puntos tan importantes, *dándoles los documentos necesarios, que se validarán aquí.*

Es copia de las instrucciones que aprobó S. M. por el extinguido Ministerio universal de Indias, formadas por el General en Jefe de la expedición..... (1)

También se le ordenó al Pacificador : (2) conceder ventajas a quienes se hubieran distinguido en favor del Rey, en cuyo número se hallaban el Cacique Don Juan de los Reyes Vargas, y los que él señalara ; tan luego como fuera posible, hacer jurar felicidad a la persona del Soberano, con la pompa requerida ; dejar las universidades y colegios en el mismo estado en que se encontrasen, pero, si disponer de sus rentas para los gastos de la guerra ; el mayor respeto y armonía con los Ministros del altar «Como el más seguro garantes de que las empresas militares tendrán el resultado más feliz» ; exigir empréstitos, buscar fondos y, finalmente, se le concedió amplia facultad para alterar en todo o en parte estas instrucciones. Semejante facultad sólo sirvió para hacer nulas tan sabias disposiciones, pues las crueldades que subsiguieron a la toma de Cartagena, y luego de Santa Fé, no se compadecen con los sentimientos de equidad que tanto manifestaba el Pacificador en sus proclamas.

«Pocos días antes de la salida manifestó el General Morillo, en una proclama a sus tropas, cuales eran las intenciones que llevaba al Nuevo Mundo, y desde entonces pudo calcularse, por su lenguaje, que se renovarían allí los horrores de los Corteses, Valdivias y Pizarros, por poco que la fortuna favoreciese sus armas.» (3)

Vientos contrarios obligaron a los expedicionarios a regresar a Cádiz y permanecer allí hasta mediados de Febrero en que se dieron a la vela con rumbo a las Canarias, para luego seguir a Costa-Firme.

---

## SITUACION de la NUEVA GRANADA

La situación de Venezuela, Cundinamarca y otras provincias no era muy lisonjera al perfecto establecimiento de la República ; pues las ideas encontradas sobre la forma de Gobierno que convenía adoptar ahondaron las divisiones entre los patriotas.

- 
- (1) Corrales. Documentos para la Historia.
  - (2) Pablo Morillo.
  - (3) «Gaceta de Bolívar» 1872

Venezuela, no obstante el valor de sus hijos, (1) «donde cada paso había costado a la tiranía una batalla», se hallaba en poder de los realistas.

Bolívar en una rápida campaña había libertado heroicamente todo el país hasta Caracas; pero las divisiones intestinas y a consecuencia de los triunfos realistas de la Puerta, Urica, Guiría y Maturín, Venezuela quedó casi por completo domada por las fuerzas de Boves, Morales y Cagigal.

Los Generales Miranda y Nariño, hechos prisioneros, habían sido llevados a las cárceles de España.

Cundinamarca, lejos de haberse formado un buen ejército, se había convertido por segunda vez en teatro de la guerra civil, haciendo así derroche de las energías que tanto iba a necesitar en los infortunios que se le preparaban. Como remate a tal anarquía, vino la dictadura del Dr. Bernardo Alvarez.

Los españoles eran dueños de las provincias de Panamá, Santa Marta y Río-hacha. Pasto era perfectamente realista y con las fuerzas de Quito amenazaba a Popayán, donde se habían diseminado las fuerzas del General Nariño y sólo quedaba el General Cabal con unos pocos pero valerosos soldados del Valle (2). Las provincias de Maracaibo, Cúcuta y Casanare estaban expuestas a las incursiones de los realistas de Venezuela.

Los triunviros señores Joaquín Camacho, José María del Castillo y José Fernández Madrid, confiaron el ejército al General Bolívar que llegaba de Venezuela; éste marchó sobre Bogotá contra el Dictador Alvarez; después de tres días de combate, Alvarez entregó la plaza, que fué saqueada, y los venezolanos acabaron con los españoles residentes en la ciudad.

El Gobierno General se instaló en la Capital el 21 de Enero de 1815, resuelto a continuar la guerra con vigor. Envió refuerzos al General Cabal a Popayán, y al General Urdaneta para proteger la provincia de Pamplona.

Bolívar nombrado Capitán General de los ejércitos de la República, fué encargado de la delicadísima misión de someter a la provincia de Santa Marta. Para tal empresa el Gobierno puso a sus órdenes tres mil hombres, entre venezolanos y granadinos. El Gobernador de Cartagena debía también poner a su disposición tropa, buques y especialmente las armas y municiones que necesitara para equipar la tropa del interior.

El 24 de Enero salió Bolívar de Santa Fé para embarcarse en Honda; llevaba consigo algunos españoles que juzgados perjudiciales debían ser expelidos de la República. Varios de ellos fueron sacrificados en el camino por algunos Jefes subalternos.

El 10 de Febrero (de 1815), el Gobernador de Cartagena, Don Juan de Dios Amador, Don Manuel del Castillo Rada, comandante de armas de la ciudad, y varios ciudadanos, resolvie-

(1) En un informe de Morillo a la Corte de Madrid, honra a los venezolanos en los términos siguientes: Son los franceses de América; por todas partes los encuentro haciéndome la guerra; de ellos salen Jefes y oficiales para prolongar y sostener por doquiera la guerra y exterminio que se ejecutan.

(2) Comprendía nuestros departamentos del Cauca y Valle.

ron que Bolívar no debía pasar de Mompós, y que si quería, desde allí podía dirigir la acción sobre Santa Marta, por tierra, con prohibición absoluta de descender el río Magdalena. Al mismo tiempo el Brigadier Castillo divulgó un libelo contra la persona del Libertador.

Mariano Montilla, García de Sena y Pedro Gual acusaron a Bolívar de haber hecho causa común con los hermanos Piñeres ( Germán y Gabriel), y le hacían pasar como un enemigo feroz, lo cual produjo en la plaza mucha efervescencia. No obstante el buen número de partidarios de Bolívar, la mayoría lo eran de Castillo.

García Toledo, Hoyos y Narváez se aprestaron para rechazar el ejército de la Unión, pues el Gobierno General fué desconocido y aprisionados o desterrados los que juzgaron que era un deber someterse al Congreso.

El mayor obstáculo que encontró Bolívar en Cartagena fué la enemistad de D. Manuel del Castillo, enemistad nacida de la emulación de ambos jefes en una de las anteriores campañas en Venezuela, en que Bolívar probó tener la razón; así pues, comprendiendo que su antiguo rival le hacía la mayor oposición, pidió al Gobierno General que enviara como medianeros a José María del Castillo y a Don Pedro Fernández de Madrid (1); más como no fuese escuchado presentó dos veces su dimisión. Por fin fue enviado de Santa Fé como medianero el Canónigo Sr. D. Juan Marimón, quien después de haberse informado en Mompós, de los proyectos de Bolívar, de las necesidades del ejército, de las pérdidas que había sufrido por la demora en aquel mortífero clima, y del peligro que corrían las tropas de morir o desertar, siguió para Cartagena animado de buenos sentimientos de paz y de concordia. Además, para allanar cualquier dificultad que pudiera traer fatales consecuencias para la causa común, Bolívar envió a su primer edecán Kent, a cumplimentar a Castillo, comunicarle su llegada dentro de los límites de la Provincia; a ponerle en conocimiento las órdenes que traía del Gobierno General y a manifestarle que lejos de abrigar sentimiento alguno contra él, estaba dispuesto a olvidar lo pasado. No satisfecho con esto, y habiendo sabido que el Gobernador de Cartagena había sido removido y que su sucesor había revocado la orden en que se le dió a conocer como comandante de línea del Magdalena, determinó enviar a la ciudad a su amigo y secretario, Don José Rafael Revenga, para asegurar al General Castillo de sus sinceros deseos de reconciliación y evitar, si posible era, los males que amenazaban. Bolívar pedía al Gobernador, por conducto de Revenga, dos mil vestidos e igual número de cartucheras y fusiles; un millón de cartuchos embolados o pólvora y plomo en bastante cantidad para elaborarlos. Revenga fué mal recibido por el Gobernador, aunque

§ Gabriel Piñeres, a quien un golpe de cuartel había destituido de la Gobernación, había sido condenado, con su hermano, a seis años de destierro, a los EE. UU.

(1) José María, hermano de Don Manuel y Don José Fernández, primo hermano de ambos.

no desdenó la petición que se le hacía, la cual fué puesta a la consideración de una junta de guerra, compuesta de todos los jefes, generales y oficiales existentes en la plaza. La junta resolvió por unanimidad, que siendo las existencias menores a la mitad de las que se necesitaban para la eficaz defensa, no se podía atender a la petición del General Bolívar, y como comprobantes, fueron presentados por el Estado Mayor general, los siguientes planos de defensa, hechos por el Brigadier Crámer y reforzados por el Brigadier Anguiano:

**ORIGINAL.**

Estado que manifiesta la dotación de hombres, armas y municiones, que necesita esta plaza para su defensa y la de los castillos exteriores, con la de los puestos de guerra establecidos en las costas de Barlovento y Sotavento:

**HOMBRES...** Para la defensa de la Plaza, castillos exteriores, baterías de las costas y campo volante se necesitan:

De tropa de infantería.....	5.820
Id id Artillería.....	714
Id id Caballería.....	200
Id id Dragones montados.....	150
<b>Total.....</b>	<b>6.884</b>

**ARMAS...** Para armar la infantería, artilleros y dragones expresados arriba, se necesitan:

Fusiles con sus bayonetas.....	6.684
De repuesto en los castillos y fuertes atacables de la plaza.....	650
De id. en la sala de armas para los reemplazos y proveer los puestos de guerra exteriores.....	1.000
<b>Total.....</b>	<b>8.334</b>

**MUNICIONES...** Para la defensa de los fuertes atacables de la plaza y arrabal, así como todos sus castillos exteriores se necesitan:

de Pólvora.....	Quintales	2.277
Id para las baterías de las costas de Barlovento y Sotavento.....		178
Id en depósito para las urgencias de la Plaza y puestos de guerra exteriores.....		2.600
		<u>5.055</u>

Cartagena, Marzo 2 de 1815—Juan Salvador de Narváez.—  
Subjefe de Estado Mayor General.

ORIGINAL.

Estado que manifiesta la existencia de armas, hombres y municiones con que se halla hoy día esta plaza, así para su defensa como la de los castillos y demás puestos de guerra en las costas del territorio :

HOMBRES.... Zapadores .....	80
Guardia de honor .....	59
Batallón de línea de granada .....	634
Brigada Nacional de Artillería veterana	151
Id miliciana .....	227
	<hr/>
	1.151

ARMAS....Fusiles en casa de armamentos....	1.408
Id en la tropa de guarnición....	793
Id en el ejército del Magdalena	800
Id en los batallones de Sotavento	312
	<hr/>
	3.313

MUNICIONES....Quintales de municiones incluidas algunas de mediano servicio para toda la defensa de la plaza y puestos exteriores .....

Cartagena, Marzo 2 de 1815.—Juan Salvador de Narváez,—Subjefe del Estado Mayor General.

ORIGINAL.

Estado que manifiesta la falta que tiene hoy día esta Plaza para su defensa en los artículos de pólvora y fusiles con arreglo a las dotaciones señaladas para la defensa general del Estado :

Quintales de pólvora .....	663
Fusiles con bayonetas.....	5.021

Juan Salvador de Narváez,—Subjefe del Estado Mayor General.

En vista de esto, Revenga hizo un último esfuerzo ante Castillo. En la entrevista le manifestó las buenas disposiciones de su jefe; le puso de manifiesto los grandes perjuicios que una desunión obstinada traería para las armas de la República y lo indecoroso que era para el Gobierno General no poder bajar sus tropas y representantes contra las provincias insurgentes. Obtuvo de Castillo la promesa de las armas y demás recursos que necesitase y consintió en una entrevista con Bolívar, para arreglar el plan de campaña; ella debía efectuarse el 12 de Marzo, en Zambrano, distancia media para los dos Jefes.

Gozoso Bolívar por el buen resultado de las gestiones de Revenga, dispuso un recibimiento de honor a Castillo, y envió a su encuentro una vanguardia, con el Teniente Coronel Rafael Páez, y luego se puso en marcha para el lugar indicado.

Tres días de espera vinieron a ponerle de manifiesto la decidida mala voluntad que se le tenía.

Castillo, lejos de enviarle las prometidas armas, ordenó a las autoridades de tratarle como a enemigo.

Las rivalidades entre los cartageneros y los caraqueños, junto con la enemistad de Castillo, vinieron a defraudar las esperanzas del Gobierno General, que no tardó en ser desconocido y desobedecidas sus órdenes.

Para impedir que Bolívar tomara los pertrechos que existían en el Magdalena el Gobernador dió orden de llevarlos a Cartagena, en la "Momposina"; desgraciadamente la embarcación naufragó, legua y media de Sabanilla (1), perdiéndose la tripulación, 800 fusiles y una buena cantidad de pólvora, cartuchos, cañones y ametralladoras.

El comisionado del Congreso, D. Juan Marimón, después de varias averiguaciones hechas en Cartagena, dedujo que la malquerencia de los cartageneros estribaba en la desconfianza general que éstos tenían a Bolívar, máxime si se le confiaba el comando de las fuerza de la Plaza. Recelaban que su aspiración no fuera otra que su propia opresión y la de todo el Reino ..... En consecuencia, Marimón, de acuerdo con el Gobierno de la Provincia, resolvió que se le diesen a Bolívar 800 rifles más 700 que había en Mompós, y que éste, a su vez, enviara al bajo Magdalena la gente que había llegado del Socorro, más 500 reclutas del Reino (2) con oficiales del mismo. Los pertrechos los enviaría el Gobierno a Chiriguaná o a Ocaña, a donde debía seguir Bolívar por el camino que se le señalara. Entre tanto, el ejército perecía en Mompós. Desobedecidas las órdenes del Congreso, engañado y humillado Bolívar, se creyó digno del odio y desprecio de sus compatriotas si, testigo indiferente de las operaciones de Cartagena, no hubiera hecho respetar la autoridad suprema; en consideración de lo cual, resolvió ocupar la línea, enviando antes, por segunda vez, al señor Revenga para que explicara en Cartagena cuáles eran sus intenciones y cuáles los padecimientos de su ejército, mas la resolución firme que tenía de hacer ejecutar las instrucciones del Gobierno General.

Exasperado con la conducta de los pueblos de la Costa, y más que todo, por la manera como se le difamaba y humillaba, se dirigió al Sr. Marimón en comunicación que no se puede menos de transcribir:

Ciudadano José Marimón. . . . Mi respetado amigo: Contesto su apreciable que me ha traído el Edecán Dávila, que a la verdad me ha sido muy lisonjera por ser de Ud., pero hartó desagradable por lo que contiene. No extraño que todos los pueblos disidentes y enemigos de la República (3) sean mis enemigos también; pero

---

(1) En el bajo de Galera Zamba.

(2) Así se llamaban las provincias del interior de la Nueva Granada

(3) Que lo eran en su mayoría a excepción de la provincia de Cartagena y de los habitantes de Plato.

sí extraño mucho que Ud. califique con dictados honrosos a los que me calumnian con tan infames dictérios como los que Ud. me refiere en su oficio, y a la verdad, yo no esperaba que Ud., de oficio, me dijese lo que Castillo en su libelo y creía merecer un poco de más consideración, siendo muy indecoroso para el Gobierno General y para mí el que se me trate tan indignamente; pero estas indignidades no serán impunes, si antes no se remediaren.

La autoridad de Ud. parece que no ha valido nada en esa ciudad; con mi aproximación élla valdrá y yo la haré respetar aunque me cueste el sacrificio de la vida. Estos señores quieren que mi ejército perezca; él lo desea hacer, pero es con gloria, en el campo del honor, combatiendo contra los enemigos, si me dán auxilios o contra los traidores si me los niegan.

Montilla (1) va de encargado para aclarar a Ud. esta cuestión y de informar a Ud. de todo. Mande Ud. a su afectísimo amigo etc.

Barrancas, Marzo de 1815.... Simón Bolívar.

La estadía en Mompós se hacía cada día más difícil para el ejército; ya había disminuido de 640 hombres por las deserciones, y 250 entre muertos y enfermos; apenas hubo oficial que lograra librarse de las fiebres.

Quando en Cartagena se supo el avance de las fuerzas de la Unión hacia Arjona, (2) se declaró en sitio, se dió autoridad ilimitada al Gobernador; éste creó una junta de salud pública compuesta de tres individuos a quienes comunicó facultades para obrar colectiva y separadamente, excepto para sentenciar. Castillo recibió las mismas facultades. Se desarmó al vecindario, se armaron nuevos buques y un pontón para la defensa; se alistaron, por barrios, con pena de la vida, todos los hombres útiles. Se ofreció pasaportes a los que los quisiesen, incluyendo a los militares y luego se aprisionó en calabozos a los que los solicitaron.

Los amigos del «partido de la ciudad» pasaban en decir inventivas, sarcasmos y desatinos el tiempo que podían. Los venezolanos de todo sexo y condición temblaban.

En las noches del 23 y 24 de Marzo fueron muchos los desterrados, entre ellos el Auditor de Guerra del Magdalena, Rodríguez Domínguez y aquel coronel que se había cubierto de tanta gloria en los campos de Venezuela, D'Elhuyar.

Sesenta y tres personas fueron colocadas en los rastrillos de la Inquisición, sólo por opinar que sí se debía dar el auxilio pedido por el enviado Revenga.

El Comandante Mariano Montilla y otros, envenenaron los aljibes y pozos desde Ternera hasta la ciudad.

Bolívar que quería la paz, pero que no necesitaba de élla, determinó retirarse del comando de las tropas; con tal motivo envió al Señor Marimón con el Comandante de la Guardia de Ho-

---

(1) Tomás, hermano de Mariano, Coronel de la Guardia de Honor.

(2) Primera población situada dentro de los límites de la Provincia.

nor, Tomás Montilla, la renuncia que hacía del cargo. El Señor Marimón la aceptó y le ordenó dejar el comando del ejército al oficial de mayor graduación, exceptuando a los ciudadanos Santiago Mariño y Miguel Carabaño; al propio tiempo le anunció que le tenía prestado un buque de guerra al mando de un capitán de confianza para que pudiera marchar, según su petición, a las colonias extranjeras.

Memorable fué la sesión de la junta que con tal motivo convocó Bolívar, y cuya acta dice así:

«En la villa de Turbaco a veinticinco de Marzo de mil ochocientos quince, (5<sup>o</sup>): S. E. el Capitán General de los ejércitos de la Nueva Granada y en Jefe del destinado a Santa Marta, después de convocada a junta general y extraordinaria de guerra y hallándose presentes S. E. el General de Brigada ciudadano Florencio Palacios; el Comandante general de caballería Coronel Bartolomé Chaves; el Comandante del batallón de la Guaira, ciudadano Domingo Meza; el de la guardia de honor, ciudadano Tomás Montilla; el del quinto de línea, ciudadano Juan Vilgil; el de Caracas, ciudadano Pedro León Torres; el de Tunja, ciudadano Francisco Vélez; el Sargento Mayor del batallón Caracas, ciudadano Miguel Martínez; el de infantería de honor, ciudadano Ambrosio Plaza..... leída por mí la correspondencia entre S. E. el Capitán General y el Supremo Gobierno, el Excelentísimo Señor Presidente del Congreso en comisión, Juan Marimón, y el Excelentísimo Sr. Gobernador del Estado de Cartagena, puesto a la consideración del Consejo el resultado de las misiones del Secretario, ciudadano José R. Revenga y Comandante Tomás Montilla; demostrada por S. E. la necesidad de separarse del ejército con respecto a la resistencia del gobierno de Cartagena a prestarle auxilios, y de la enemistad particular que ostentan profesarle los mandatarios de Cartagena, dijo: que habiendo solicitado del Sr. Marimón un pasaporte para embarcarse a Ultramar, supuesto que él mismo le ordenaba se retirase de estos Estados antes que perecer en las riberas del Magdalena, y que la contestación fué conforme a pesar de no haberle enviado el referido pasaporte, previniéndole además entregar el mando del ejército al oficial de mayor graduación, exclusivos el Coronel Mariño y Mayor General Carabaño, lo hizo en la persona del General de Brigada, ciudadano Florencio Palacios, como el más caracterizado, suplicando solemnemente al Consejo la admisión de su renuncia, a pesar de desconocer en el Sr. Marimón las facultades que sólo residen en el Gobierno General.

El General Palacios dijo que no podía ni debía encargarse del mando que había sido confiado a S. E. por el supremo Gobierno, que creía contra la disciplina, el orden y la subordinación admitirlo sin contravenir expresamente a las ordenanzas y a sus obligaciones; y que de consiguiente, lo renunciaba, tanto más cuanto que de la separación del General Bolívar dependía la total dispersión del ejército.

El Comandante Montilla propuso que se retirase S. E. para votar sobre el particular; lo que verificado, quedó presidiendo el Consejo el General Palacios.

La cuestión se redujo a tres puntos ; primero : si el General Bolívar pudo renunciar al mando sin consulta de su Consejo General; segundo : si el Excelentísimo Sr. Marimón pudo admitirla, y tercero: qué operaciones debía emprender el ejército, y consultados los señores del Consejo voto a voto del menos al más antiguo y oídas sus razones fueron de común sentir y unánime opinión; Primero: Que el General Bolívar no debió ni pudo de ninguna manera dimitir el mando sin consulta, por lo menos, de su Estado Mayor General .....

Segundo : Que el Sr. Marimón no ha podido permitir que el Capitán General abandonase el ejército porque no tiene comisión para ello.

Tercero : Que visto el manifiesto en que se declara a los venezolanos hombres sin patria (1), y deseosos de alzarse con la familia social; consideradas otras porciones de proclamas y papeles públicos en que sólo se trata de desacreditar al ejército; atendidas las órdenes de Cartagena en que se manda a los jefes de línea defender el terreno palmo a palmo; considerada la intención siniestra de hacer naufragar la artillería, armamento y municiones del Magdalena por un capricho de los mandatarios de la plaza; reflexionando maduramente que los miserables recursos de Cartagena que por la fuerza ha obtenido el ejército son insuficientes para emprender la campaña; que el gobierno provincial (o por su disposición) ha ordenado el envenenamiento de las aguas, evacuación de los pueblos, ocultación de los víveres..... y proscripción de la mayor parte de los habitantes de ella..... se procedió a estrechar el sitio de la plaza hostilizada y que el Capitán General ordenase las ulteriores disposiciones como que se hallaba autorizado para defender la autoridad del Gobierno General altamente ultrajada y despreciada con vilipendio y escándalo de los pueblos.—Igualmente dispusieron los Señores del Consejo que inmediatamente se diese parte al Gobierno General para su suprema determinación. Leída esta acta y convocado de nuevo, S. E. para la conclusión fué firmada por los Señores del Consejo y autorizada por mí como oficial superior Secretario del mismo.

Simón Bolívar.—(Siguen las firmas de los miembros del Consejo)—El Secretario, Pedro R. Chipia.»

Bolívar se vió obligado, a pesar suyo y con el alma henchida de dolor a seguir al frente del ejército. He jurado, decía a su Gobierno, no volver a servir más a la Nueva Granada, donde se trata a sus libertadores como a tiranos, y donde se infaman impiamente el honor y la virtud..... Estoy más pronto a subir al cadalso que continuar mandando. Bástame haber manchado mis manos y mis armas por dos veces con la sangre de mis hermanos, yo no las deshonoraré aun, una tercera.

Sólo una ofuscación hija de la intrepidez, pudo llevar a aquel digno jefe a la práctica de lo resuelto por Consejo de oficiales y asediado a Cartagena.

Con sólo 400 hombres que le quedaban, sin armas ni mu-

---

(1) Ceguedad de los odios políticos ! Dijo el mismo Bolívar.

niciones, no podía emprender campaña contra Santa Marta ; pero tampoco tomar a Cartagena por hambre o por la fuerza ; además, no tenía un sólo barco.

El 27 de Marzo marchó a situarse en el cerro de la Popa. Después de decir al gobierno de la plaza : " Más difícil es alejarnos que vencer. . . . . Los fuertes pechos y no las murallas son la verdadera defensa de una plaza. "

Don Juan Marimón, por su parte, hizo a Bolívar responsable ante la Patria de las ruinosas consecuencias que infaliblemente se seguirían a su resolución de bloquear la Ciudad.

Don Francisco Montalvo aprovechó las circunstancias para proponer al Gobierno de la Provincia toda clase de garantías, y fuerzas contra Bolívar, a trueque de que los cartageneros volvieran a la obediencia del Rey. S. E. acogería como padre a los extraviados si ellos de buena fé se le entregaban para ser perdonados.

Digna de encomio fué la respuesta del Gobernador : « Señor Don Francisco Montalvo : — Ni necesitamos la protección que U. S. nos ofrece en sus oficios del 29 de Marzo y 15 de la fecha para terminar nuestras diferencias con el General Bolívar, ni aun cuando la necesitásemos la aceptaríamos jamás. Sucumbiríamos mil veces en la querrela, antes que deber a su concurrencia un triunfo que nos cubriría de oprobio y que habría de ser pagado con nuestra libertad. U. S. ha pensado aprovecharse de la ocasión de vernos divididos y lisonjear nuestro amor propio y se ha engañado, no hay división en tocando a nuestra libertad, no hay pasiones en tratándose de repeler a U. S. y nuestro orgullo es muy noble para entrar en coalición con nuestros tiranos. Si al menos hubiera U. S. manejado mejor la coyuntura y hecho su proposición con alguna delicadeza ; pero todo lo contrario, el modo ha sido tan chocante como la sustancia. ¿Quién no ha de abrasarse al oír que un hombre que tiembla de Bolívar como U. S. nos excite a ser instrumento de su seguridad y al mismo tiempo nos intime esclavitud? ¡Qué imprudencia ! ¡Qué necedad ! Persuadirse que en pleitos de hombres libres pueda interesarse con el prospecto de la servidumbre. Yá pudiera U. S. tener experiencia de que no nos pone miedo ese tono sultánico, que ofende con sus perdones todavía más que con sus amenazas. En vano es también que afecte U. S. tanta solicitud por nuestras disensiones domésticas. . . . . »

A pesar de una respuesta tan terminante, Montalvo no perdió ánimo, y aunque reducido a la provincia de Santa Marra, donde conservaba el título de Virrey de la Nueva Granada, emprendió operaciones.

Barranquilla y Soledad fueron tomadas el 25 de Abril por el Capitán Capmani. En los catorce bongos y lanchas que los patriotas perdieron, los monarquistas tomaron 43 piezas de artillería, el parque y muchos objetos de marina de que carecían los españoles.

El Capitán La Ruz se apoderó, el 29 del mismo mes, de Mompós, tomando las lanchas cañoneras y cuanto allí había. De esta manera la gran vía del Magdalena quedó por cuenta de los samarios, y Cartagena incomunicada con las provincias del interior.

El Valle de Plato, siempre tan distinguido por hallarse rodeado de enemigos, también cayó en poder de los samarios.

Entre tanto, el asedio a la plaza continuaba sin ningún éxito. Desde la Popa Bolívar no podía impedir que la ciudad se abasteciera de víveres, pero su gente sí escaseaba de ellos; y además, estaba perfectamente incomunicado con el Gobierno General. No obstante, Marimón pidió a Bolívar la paz en términos muy afables; éste aceptó y encareció a aquél que en su calidad de mediador propusiera los medios que se debían aceptar. Las hostilidades fueron suspendidas. Marimón propuso la separación de las tropas venezolanas de las granadinas; que las últimas quedaran al mando del Teniente Coronel Antonio Vélez, y que las demás a órdenes de Bolívar, marchasen para Ocaña, a esperar los mandatos del Gobierno de la Unión, debiendo ponerse en marcha antes de tres días.

Los siguientes extractos de una carta de Don Manuel del Castillo pueden considerarse como la encarnación del odio que en tan mala hora se le tenía a Bolívar: «Y será regular sujetarlas (Las divisiones navales) a las (señales) que haga la Popa dominada por el más pérfido de cuantos enemigos pueden presentarse a esta Plaza? . . . . . Por último, V. E. (el Gobernador del Estado) debe reflexionar sobre la conducta de Bolívar y acabar de conocer que inconsecuente (Bolívar) por sistema, e infidente por especulación, es indigno de ser oído por un gobierno que se precia de religioso en el cumplimiento de sus promesas aun cuando las hace a un general refractario . . . . . El, entre tanto, presuntuoso y lleno de orgullo y de ignorancia, interpreta estas acciones de generosidad como el producto de la debilidad en que cree estamos, y bajo este soñado principio quiere prolongar nuestros males mientras por nuestra condescendencia suspendemos nuestros fuegos y cuando éstos le llenan de terror hace proposiciones de paz que no cumplirá mientras tenga hombres que sacrificar y estúpidos que lisonjeen su ambición. Cese, pues, toda nuestra comunicación con Bolívar . . . . .» Bolívar se quejaba en estos términos: «El Gobierno de Cartagena no pudiendo obrar mi exterminio con las murallas de su ciudad, ha adoptado el medio más torpe, más infame y el más perjudicial para conseguirlo: ha introducido papeles alarmantes y seductivos, ha enviado armas y municiones, y ha destinado oficiales españoles que internándose en el país a obligar a los pueblos a tomar las armas, han convertido la provincia en guarida de bandidos: apenas hay lugar que no esté en insurrección. Las poblaciones han sido abandonadas y sus habitantes refugiados en los montes.» (1)

No ahorró Bolívar cuantos medios estuvieron a su alcance para unirse a las fuerzas de Cartagena y seguir contra Santa Marta; pero todo fué inútil.

El 20 de Abril llegó al puerto la goleta americana Thetis. Su sobrecargo trajo a la plaza la noticia de la llegada a Carúpano del Pacificador Pablo Morillo y la toma de la isla Margarita.

---

(1) O'Leary

En tan apresurado trance el Gobernador no pudo menos que dirigirse al Gobierno General para manifestarle el verdadero estado de la plaza: «.....Es, pues, de contarse y no hay que hacernos ilusión conque Venezuela y la Nueva Granada no ván a ser el objeto contra que deben obrar las fuerza de España y esto, dentro de muy poco. Por dónde empiecen y bajo qué planes dirigen sus operaciones, no sabemos, pero éllo es que habiendo llegado el 8 la escuadra a Margarita, presto van a vernos empeñados en la lid que será decisiva, probablemente, de nuestro destino. Las circunstancias con que coincide esta crisis son terribles, no por nuestras diferencias con Bolívar que desaparecerán ante los comunes peligros, sino por la absoluta destitución de fondos necesarios para llenar nuestros comprometimientos. No hay un real, los productos de las rentas se gastan antes de realizarse, y en empréstitos donativos, anticipaciones y contratos está el Gobierno empeñado en términos que ya resisten nuevas demandas; por otra parte, cuenta con un número muy corto e insignificante de tropa veterana, la demás será colecticia y sin disciplina, de que nada puede esperarse, resultando como mil veces he representado, de la falta de dinero que indispensablemente ha acarreado la disolución del ejército. V. S. bien está al oabo de que no es lo mismo resistir a Bolívar y su pequeña expedición que a un ejército numeroso y aguerrido con todas las provisiones de guerra necesarias para lograr su empresa; en tan difícil coyuntura yo dejo a la consideración del Gobierno General el peligro que queda corriendo esta plaza, la aproximación de su destino, las medidas que aun pueden tomarse, el auxilio y la celeridad con que deben aplicarse, protestando de nuevo que no seré responsable a la Nación por ningún resultado funesto después que tantas veces y con tanta oportunidad he previsto y representado los peligros que ya se tocan y su situación del todo incompetente para superarlas insistiendo en que se le prestasen los auxilios precisos y proporcionados a su comprometimiento..... Dios guarde a U. S. muchos años..... Cartagena, Abril 22 de 1815... Juan de Dios Amador.»

Entre tanto Bolívar, por único resultado de 35 días de pretendido sitio y de encierro en el convento de la Popa, solo logró ver arruinados, éste, su iglesia y sus edificios adyacentes, más mil soldados de su ejército perdidos.

El General de la Unión para completar el asedio de la plaza se adueñó del Tolú, del Zapote y de toda la costa de Sotavento, de donde se proveía de víveres Cartagena.

La plaza fué menos feliz en el asalto de Pasacaballos (13 de Abril) hecha con una división de las lanchas cañoneras y 120 soldados. La tropa desembarcó, pues los soldados de Bolívar retrocedieron, para atraer a sus enemigos; luego que estuvieron lejos de los buques, volvieron caras, mataron la mitad y la otra mitad se ahogó porque no pudieron cojer las lanchas que estaban distantes. La pérdida de los soldados de Bolívar fué de 3 muertos y 8 heridos.» (1)

(1) José Manuel Rostrepo.

El 25 de Abril, mil soldados de la plaza atacaron un destacamento de Bolívar que se hallaba en el campo de Alcibia. El destacamento huyó dejando los pertrechos.

La noticia de la llegada de la Expedición Pacificadora inspiró a Bolívar una resolución digna de su alma grande. Calculó los obstáculos que su estadía en el país opondrían para la defensa; pasó un oficio al Gobernador de aquella plaza, exhortándole a prepararse para resistir a la agresión que amenazaba, e instándolo para que emplease las tropas de su comando contra el enemigo común. «Ojalá que las autoridades de Cartagena le hubieran secundado preparando bien la defensa de la plaza que en lo principal consistía en haber acopiado víveres calculados para resistir un año de sitio! No lo hicieron, de modo que a poco de haberse puesto el sitio por el enemigo común comenzaron a morir de hambre los defensoras de la Ciudad Heróica.» (1)

Persuadido Bolívar de la imposibilidad de resistir a los españoles y del empedernimiento de los de Cartagena, dimitió irrevocablemente el mando, y el 9 de Mayo, en el Caño Basurto, se embarcó en el buque de guerra inglés «La Descubierta», que se daba a la vela para Kingston a donde llegó el 14 del mismo mes.

Muchos venezolanos y granadinos volvieron a sus poblaciones y el resto del ejército quedó a órdenes del General Florencio Palacios. El primer cuidado del nuevo jefe fué de informar al Gobierno de Cartagena lo sucedido y pedir auxilios; mas, en la plaza se negaron a darle el menor socorro; y ni aún los víveres que pedía. ¡Cómo se sobreponen los intereses personales a los más caros intereses de la Patria!

Viendo Palacios que su parentesco con el General Bolívar impedía toda unión con los enemigos de éste, dejó encargado de las tropas al Coronel Domingo Meza. Luego que el Gobierno de la Provincia supo su separación optó por socorrer a las tropas; pero estas que eran muy adictas a Palacios no quisieron reconocer como jefe al que se les había enviado de Cartagena y prefirieron seguir a Bogotá, no obstante que estaba cortada la comunicación por el río.

A pesar del desaliento que cundía en la tropa, los pocos que quedaron se encaminaron a Magangué, donde se juntaron a los ciudadanos Celedonio Piñerez, Pantaleón Germán Ribón y buen número de momposinos; pero aun así, se encontraba muy débil el ejército para tomar a Mcmpós. Sin embargo, en Zambrano tomaron al enemigo cuatro buques cuyas tripulaciones fueron pasadas por las armas.

Más tarde, cuando el Brigadier Palacios supo que Morillo estaba en Santa Marta, propuso volver a Cartagena para cooperar a su defensa, como en efecto lo hizo. «¡Qué heroísmo, qué abnegación para sacrificar todo en aras de la Patria! Que la historia y la posteridad colombiana inmortalicen el nombre del General Palacios, este jefe benemérito que con los demás, nuestros hermanos de Venezuela, hicieron prodigios de valor sobre los muros, barricadas, castillos y atrincheramientos de Cartagena.»

(1) «Gaceta de Bolívar»—1872.

Más funestas no pudieron ser las consecuencias entre los patriotas. El ejército republicano perdió algo más de dos mil hombres; los armamentos que se repartieron entre los pueblos para hostilizar a Bolívar; cien piezas de artillería; cuatrocientos cincuenta quintales de pólvora; mil trescientos vestidos; treinta y cuatro buques armados; algunos almacenes, herramientas y municiones de toda clase. Con la cuarta parte de estas pérdidas Bolívar hubiera tomado a Santa Marta y a Riohacha, y se hubiera organizado una fuerte defensa contra el invasor.

Sigamos ahora los pasos de Morillo: El 3 de Abril llegó la Expedición Pacificadora a Puerto Santo y a Barlovento de Carúpano. Morales había preparado en Carúpano treinta y dos buques de transporte y de guerra y más de 5.000 hombres para refundir entre los diferentes cuerpos expedicionarios.

Margarita era la única provincia de Venezuela que no reconocía la autoridad real. Los jefes de la Isla eran Arismendi y Bermúdez. La plaza estaba defendida por carencia de hombres y recursos. Luego que Morillo se impuso del estado de las operaciones de Tierra Firme, hizo embarcar 3.000 hombres de los de Morales en la escuadrilla venezolana que comandaba D. Juan Gavaso, y se dirigió a Pampatar a donde llegó el 7 de Abril.

Por los prisioneros que los de Margarita hicieron en un barco español se tuvo en la Isla noticias exactas sobre la expedición. Reunidos en consejo para deliberar sobre la conducta que debían observar, Bermúdez y algunos valientes, a pesar de que la fuerza tan sólo constaba de 400 hombres, opinaron que se debía hacer frente hasta morir. Arismendi creía que era una temeridad punible comprometer la vida de multitud de personas que allí se habían refugiado huyendo del exterminio de Morales; esta idea prevaleció. En consecuencia, Arismendi y algunos jefes refugiados determinaron someterse al Pacificador. Bermúdez y los demás oficiales que improbaron esta conducta creyéndola hija de la pusilanimidad y funesta para los que la aceptaron, se embarcaron en un pequeño buque que pasó por entre la escuadra española y fué a arribar a Cartagena.

El 9 de Abril tomó Morillo la Isla, precediéndole la primera proclama; toda la Isla se sometió. Arismendi y los margariteños fueron bien tratados. El Pacificador ofreció pasaje libre a bordo de su escuadra para los que quisieran volver al Continente; no lo hizo así el sanguinario Morales que se cebó en varios emigrados.

Después de jurar toda la Isla obediencia al Rey fué nombrado jefe militar de ella el Teniente Coronel Antonio Arráiz a cuyas órdenes quedó una buena guarnición.

No obstante el buen trato dado a los isleños, el Coronel Arráiz les impuso una fuerte contribución. Sin duda la aparente benevolencia de que hizo gala en un principio Morillo, fué para hacerse pasar como jefe benigno, pues, luego que salía de algún lugar, daba a los jefes que dejaba en la plaza órdenes inicuas, que sus aduladores sabían cumplir.

Al salir de Margarita la escuadra, acaeció el incendio y pérdida del famoso buque de guerra «San Pedro Alcántara» (17 de

Abril) que era el almacén general del ejército expedicionario. La verdadera causa del incendio no fué descubierta. Con el buque perdieron los realistas cerca de 1.000 hombres; además 460.000 duros que componían la caja del ejército, 700 quintales de pólvora, 700 fusiles y muchos pertrechos de guerra y vestuarios. Estas pérdidas, en su mayor parte, fueron reparadas por las provincias de Santa Marta y Riohacha.

De Margarita pasó Morillo a Cumaná, donde dejó el regimiento de Dragones y se dió a la vela para la Guaira.

El 11 de Mayo llegó a Caracas; otra proclama había prevenido allí los ánimos en su favor.

Después de dejar 800 hombres en Calabozo e igual número en Margarita, Barcelona y Los Llanos, siguió con el resto de la fuerza a Puerto Cabello. Allí dejó 300; destacó la 5ª División al mando de Calzada para Barinas. El regimiento de Extremadura y 400 hombres de caballería fueron enviados al Istmo de Panamá con dirección al Perú. El batallón de Cazadores fué a Puerto Rico.

Luego que dió las gracias a los venezolanos por los esfuerzos que éstos habían hecho para procurarle cuanto necesitara, Morillo se hizo a la vela en dirección a Santa Marta con 5.000 europeos y más de 3.000 venezolanos en 56 buques de guerra y transporte.

Bien podía Morillo escalar toda esta gente, porque además de las fuerzas expedicionarias, en Venezuela encontró un ejército de operaciones con 7.000 hombres al mando de Morales, más el contingente que suponía encontrar en Santa Marta.

Para realizar el proyecto favorito de D. Francisco Moltalvo, Calzada penetró por los valles de Cúcuta en dirección a Ocaña, para ponerse en contacto con el ejército que debía bloquear a Cartagena. Varias causas se lo impidieron y por un acuerdo de la junta de guerra tuvo que encaminarse hacia la Provincia de Casanare, para arremeter contra la división republicana, que se hallaba en Arauca.

Mientras Morillo esperaba en vano la combinación acordada, la empobrecida Isla de Margarita, a órdenes de Arismendi sacudió para siempre el yugo español, no obstante las dos tentativas de asalto que sobre ella dirigió Morillo.

Antes de salir para Santa Marta, el Pacificador dirigió a los granadinos la siguiente proclama.

«Habitantes de la Nueva Granada: Discusiones promovidas por la ambición de algunos pocos os separaron de la obediencia al Rey. La voluntad vuestra no era ésa, pero la falta de energía para oponeros a los malvados, os cuesta ya bien caro, sufriendo los mismos horrores que los desgraciados habitantes de Venezuela y por la propia mano (la del cañibal Simón Bolívar). Escarmentad con el ejemplo de estos desdichados.

En breve estaré en medio de vosotros, con un ejército que ha sido siempre el terror de los enemigos del Soberano; entonces gozaréis de la tranquilidad que ya disfrutaban estas provincias.

Apresuraos a arrojar de entre vosotros a los autores de vues-

tros males a aquellos hombres que se gozan y viven de la desgracia universal.

Desaparezcan esos miserables de la vista de unas tropas que no vienen a verter la sangre de sus hermanos, ni aun la de los malvados si se puede evitar, como lo habeis visto en Margarita. Ellas protegerán al débil y sepultarán los sediciosos.

Vosotros acusaréis mi tardanza ; pero es preciso dejar estas provincias, de modo que por algún tiempo no necesiten de mi presencia y en situación de no seros gravoso de manera alguna.

Me lisonjeo de que aprovecharéis mi venida y os reuniréis al rededor del trono del más deseado de los Reyes y entonces cesarán vuestros males..... Caracas, Mayo 17 de 1815.

El General en Jefe, P. Morillo.»

En Madrid se había tomado muy a pechos la subyugación de América y con nuevos auxilios tomados en Cádiz zarpó en los primeros días de Mayo, una expedición de 2.500 hombres al mando del Mariscal de Campo Don Alejandro Hore, Gobernador de Panamá. Además, por real decreto del 9 de Mayo, disponía el Rey, que se reunieran 20.000 hombres para que estuviesen prontos a partir a los puntos que fuera necesarios.

Morillo llegó a Santa Marta el 22 de Julio con sus 8.500 soldados. Mientras el ejército descansaba, para luego emprender la campaña sobre la Nueva Granada, los jefes organizaron en la Ciudad toda clase de ostensiones militares. Marchas, paradas, revistas ; se organizaron juegos y se repartieron premios a los realistas que mejor se habían portado. El cacique de Mamatoco recibió de manos del Pacificador una medalla con el busto del Rey.

## EL SITIO.

Cartagena fué la tercera ciudad erigida en la América y quizá la plaza más fuerte del continente en la época colonial.

En 1741, la escuadra inglesa a órdenes del Almirante Eduardo Vernon, pretendió en vano tomarla. Cinco veces ha sido asediada ; tomada una vez, pero jamás rendida. Mereció del Libertador Simón Bolívar el título de «Ciudad heroica.»

Cartagena está situada en 10° 25' 46" de latitud N. y 228° 28' 36" de longitud O. de París, «en una isla arenosa, que formando un paso estrecho al SO., abre comunicación con aquella parte llamada de Tierra-bomba hasta Bocachica ; está dividida en dos partes, la ciudad propiamente dicha, y el grande arrabal de Jetsemaní. Una muralla gruesa y elevada circunvala la ciudad. Jetsemaní, contruido en la forma de semi-círculo está fortificado en frente por otra muralla, y por la parte del Este de la plaza está unido a ella por un puente de madera, que se halla sobre un foso : ambos lados de este están guarnecidos de estacadas que unen los muros de Jetsemaní con los de la ciudad. Por el lado de Jetsemaní y a poca distancia de él, está en un cerro el fuerte de San Lázaro que domina la ciudad y el arrabal ; tiene de altura 20 a 21 toesas geoméricamente medidas, y está unido a varios montes más altos que corren en dirección oriental. Es-

tos terminan en otro más elevado; el cerro de la Popa que tiene de altura 84 mts. y en cuya cima hay un convento de agustinos descalzos, un viija y un fuerte, cuyas baterías dominan el cerro de San Lázaro y protegen las inmediaciones de Cartagena. Distante como unas 150 varas, al Norte de la Popa, está una laguna de cerca de una legua de circunferencia, llamada Tesca, la cual comunica con el foso de Cartagena. La bahía formada por la costa de Bocagrande, la de Bocachica, la isla de Barú y la costa de Pasacaballos, es de las mejores que se conocen; tienen dos leguas y media de norte a sur, bastante profundidad, buen anclaje, excelentes pescados y es muy tranquila. Comunica con el mar por Bocagrande que está defendida por un fuerte, abandonado ahora porque sólo pueden entrar por ellos buques pequeños. Defiéndela por Bocachica los castillos de San Fernando, San José y el Angel; comunica también con el mar por el caño del Estero y por la laguna de Tesca». (1).

Cuando el gobierno de Cartagena supo la llegada del enemigo a Santa Marta, formó sobre los capitalistas de la provincia un prórrateo de 40.000 pesos; mas, los comisionados del cobro en las poblaciones no le pudieron efectuar por el pánico que cundió en los habitantes de la provincia.

Los buques del comercio de Cartagena que se hallaban en Jamaica, y que hubieran podido traer vituallas a la ciudad, no pudieron moverse, porque el almirantazgo de la isla reconoció el bloqueo de la plaza, desde antes de su comienzo.

Aquí se principian a observar los grandes perjuicios hechos a la causa de la Libertad por las desavenencias ya referidas. No hay duda que si hubieran obedecido las órdenes del Gobierno de la Unión, los patriotas habrían tomado a Santa Marta y así Morillo no hubiera tenido aquel lugar para el desembarco, ni fortificaciones en el Bajo Magdalena (2) que protegieron el bloqueo. Cartagena habría podido hacer buena provisión de víveres, y el genio de Bolívar con el lucido ejército de la Unión, más los cartageneros, habrían evitado a la Patria los años de luto y amargura que le siguieron.

Convencidos los patriotas de que perdida la plaza quedaba amenazada, o casi destruida la libertad de la Nueva Granada, resolvieron llevar su defensa hasta derramar toda la sangre a costa de salvár el honor de las armas republicanas, aunque la ciudad sólo podía ser tomada por hambre, y en este caso, sus defensores estaban dispuestos a sucumbir por inanición.

Don Francisco Montalvo y los inquisidores, por su parte, averiguaban en Santa Marta la conducta que observaban ciertos patriotas para así juzgar del grado de enemistad que abrigaban contra los españoles, para «una vez rendida la plaza, hacer justicia» (3). De este número consideráronse primeros enemigos quienes para no dar albergue a los realistas consumieron en el

---

(1) «Gaceta de Bolívar»—1872.  
(2) Se llamaba entonces Bajo Magdalena desde Barranca Vieja hasta las bocas del Río.  
(3) Francisco Montalvo.

fuego sus hogares, y aquellos a quienes se les encontró comunicaciones de los patriotas. Muchos de éstos, fueron pasados por las armas en el mismo lugar de su prisión, «para escarmiento de los imbéciles».

Varios días habían pasado después de la llegada de la expedición a Santa Marta y, sin embargo, el pueblo de Cartagena apenas imaginaba la llegada de un refuerzo de tres a cuatrocientos hombres; pues suponían, que con la vuelta de Napoleón a Europa, el Gabinete Español no podía hallarse en circunstancias de enviar a las Américas numerosas tropas.

El 4 de Agosto arribó al puerto la fragata de guerra inglesa *La Celosa*, que había tocado en Santa Marta; los tripulantes regaron la voz en la ciudad y los ánimos calmados por las buenas noticias dadas en los últimos días por el Gobierno, volvieron a levantarse.

El Gobernador envió correos expresos a los de las demás provincias de la Unión para pedirles auxilios en hombres, armas, municiones y dinero; pero ya era tarde, dadas las largas distancias para recorrer desde la costa al interior y lo cerca que estaban los realistas. De manera que muchos emisarios cayeron prisioneros en los destacamentos enemigos.

Ayudado Don Pablo Morillo de todas las embarcaciones del bajo Magdalena que los samarios en su odio a los cartageneros habían procurado al expedicionario, armó su ejército de vanguardia compuesto de 3.500 hombres, en su mayor parte venezolanos acostumbrados a las inclemencias de la humedad y el clima. Iba comandado por el coronel Don Francisco Tomás Morales a quien Morillo dió el epíteto de «terror de los malvados», es decir, de los americanos que se atrevieron a reclamar su libertad. Esta vanguardia debía cooperar eficazmente en el bloqueo de Cartagena, atacándola por tierra.

Morales pasó el río Magdalena por Sitio-Nuevo a Sabana-larga. Los patriotas que defendían esta posición y la de Santo Tomás, con 700 hombres, se vieron obligados a retirarse, al empuje de fuerzas superiores, para ir a fortificarse en Santa Catalina.

El Coronel Don Pedro Ruiz de Porras recibió órdenes para que con una división denominada «Volante», compuesta de los regimientos de Puerto Rico, Granada, Albuera y una compañía de la caballería Fernando VII se dirigiera a Mompós, para sostener este puesto a todo trance, y además, vigilar los ríos Magdalena y Cauca; destruir los restos del ejército de Bolívar y reunirse y remitir víveres y caballos para el sitio de Cartagena.

El 15 de Agosto, Morillo con su famosa expedición, se dió a la vela en Santa Marta con dirección a Cartagena. Le acompañaban el comandante de la escuadra, Pascual Enrile, el Capitán General Don Francisco Montalvo, los inquisidores José Oderis y Prudencio Casto y el Intendente del ejército, José P. Durán. Este había sido educado en Santa Fé y luego ejercido el magisterio en la misma ciudad. Aprovechó el aprecio que se le dispensaba en el interior para invitar a los granadinos, por una circular, a someterse al Pacificador.

A Don Francisco Montalvo lo reemplazó en sus funciones de

Gobernador de Santa Marta, una junta compuesta de delegados de las provincias del Hacha y Santa Marta, presidida por el Asesor General, Don Anselmo de Bierna.

Dos divisiones realistas desembarcaron y tomaron la plaza de Barranquilla, y otra fué destinada a Santa Catalina, por cuyo motivo el Gobierno, de acuerdo con los moradores de Santa Rosa, Ternera, Santa Ana y Turbaco, mandó poner fuego a estas poblaciones para privar al enemigo de alojamiento. El Gobierno se obligó a remunerar a los propietarios de sus pérdidas, cuando mejorase el estado de las cosas. Sus pobladores se sometieron gustosos al sacrificio que les exigió la Patria, y en muy poco tiempo, el fuego arrasó la superficie de muchas leguas, consumiendo las poblaciones y sus ricos plantíos. Merecen particular elogio los hijos de Turbana quienes espontáneamente pusieron fuego a sus habitaciones, y también los ciudadanos (1) José María García de Toledo y Antonio Villanueva, quienes hicieron otro tanto con sus haciendas de Guayepo, Barragán, La Violeta y El Rosario.

Es de lamentar el que Turbaco se opusiera a esta medida y que sus vecinos hubieran sacrificado al teniente de caballería Luis Pastor, con parte del piquete que conducía, y que el Gobierno se hubiera visto precisado a enviar un refuerzo, al mando del Capitán Martín, para completar la obra (2).

Todos los destacamentos que se hallaban en la Provincia de Cartagena, y también el resto de las fuerzas del General Palacios, recibieron orden de replegarse hacia la Plaza, conduciendo el ganado y cuantas provisiones encontrasen. Cuando los pueblos vieron retirarse los destacamentos que garantizaban sus intereses, sólo pensaron en salvar sus vidas y haberes, contra la prohibición del Gobierno, quien había ordenado en toda la Provincia hostilizar a los realistas y no abandonar sus hogares, bajo severas penas. Así fué como la mayor parte de los habitantes desocuparon poblaciones antes florecientes para internarse en los bosques.

Entre los rasgos de patriotismo que registran los anales de la historia de Cartagena se halla el del pueblecito de Malambo que resistió por tres horas el vivo fuego de la división de Morales, y la rechazó en un principio, mas, luego sucumbió al avance de fuerzas superiores que sólo hallaron llamas y cenizas.

En Usiacurí se formaron guerrillas. Las poblaciones de Barranca, Soledad, Baranoa, Galapa y de las Sabanas, hostilizaron al ejército español con cuantos medios se les presentaron. En Cospique tomaron los patriotas al enemigo una pieza de artillería.

El General Castillo, de acuerdo con el Gobierno político, publicó la Ley Marcial, sujetando a todo hombre a la autoridad militar. Nadie, por inútil o viejo, dejó de ingresar en las filas de los

---

(1) Fué muy común el tratamiento de ciudadano dado a los patriotas de los primeros cinco años de nuestra independencia, como también la omisión de la preposición *de* señal de nobleza.

(2) Turbaco era el lugar de verano predilecto de las clases pudientes de Cartagena.

defensores; pero de tantos, sólo dos mil seiscientos cincuenta eran de tropa veterana. Se distribuyeron éstos en los puntos principales, dándose la comandancia a oficiales de conocido valor e inteligencia.

El General José Francisco Bermúdez, emigrado de Margarita, se encargó con 400 hombres de la defensa del cerro de la Popa; los trabajos de fortificación fueron confiados al Teniente de ingenieros Don Lino de Pombo, a quien servía de auxiliar el oficial Antonio José de Sucre (1); el simpático oficial inglés Santiago Stuart se instaló como jefe en los reductos. San Felipe lo defendía el Coronel Luis F. Rieux con 500 hombres; las murallas y puerta de Santa Catalina, el Coronel Cortés Campomanes; las murallas de Santo Domingo el Teniente Coronel Narváez, y la parte de la muralla que mira al mar, el Coronel Herrera. Los castillos de Bocachica estaban defendidos por 200 hombres entre venezolanos y franceses que a la sazón se hallaban en la Ciudad, además que los vecinos del pueblo que se agregaron a las fortalezas.

El caño de Pasacaballos debía defenderse por bongos armados; las fuerzas sutiles se aumentaron en la Boquilla, laguna de Tesca y en la bahía. Bocagrande estaba defendida por un buque de porte, bien asegurado y tripulado.

El Brigadier Nepomuceno Eslaba tenía el comando de las fuerzas marítimas, consistentes en dos corbetas de guerra, doce bergantines y goletas, y algunos bongos y lanchas cañoneras. Comandaba una división, bajo las órdenes de Eslaba, el Teniente de navío, Luis Aury.

La Comandancia general de armas la tenía el Mayor General Don Manuel del Castillo, y a sus órdenes era Mayor General, el Coronel Mariano Montilla. Castillo no tenía conocimientos militares y por lo mismo no estaba calculado para mandar un ejército, ni para dirigir la defensa de una plaza de armas en circunstancias anormales; de modo que involuntariamente causaba males sin conocerlos, y se comprende por la lentitud de sus procedimientos y lo inoportuno de sus medidas, agregándose a esto una fría indiferencia de todo, que vino a sindicarle de falta de patriotismo, solazándose en aquella tremenda emergencia, con goces que no eran sinó de tiempos pacíficos; pues contrajo matrimonio, cuando menos se esperaba del hombre llamado a estar vigilando sobre los muros, animando al soldado y disponiendo todo lo conducente a la salvación del país, aunque en verdad ya muy tarde, por haber descuidado hacerlo anteriormente.

Como principal medida de defensa se procedió a fortificar los principales fuertes de la plaza; se abrieron fosos y se coronaron de gruesa artillería, los cerros de la Popa y San Lázaro (2). Sobre las murallas se montaron 66 cañones.

Para allegar víveres, los particulares ofrecieron todos los artículos y efectos de que eran propietarios; además, se hizo una requisición de todas las alhajas. Las señoras entusiasmadas se

(1) Gran Mariscal de Ayacucho.

(2) En el cerro de San Lázaro se levanta el castillo de San Felipe, el cual le da hoy su nombre.

desprendieron voluntariamente de sus joyas, y hasta se echó mano de la plata de las iglesias, presentada voluntariamente por sus respectivos curas y distintas comunidades religiosas, con el objeto de acuñar monedas de plata. El histórico sepulcro de la Catedral, cuya plata pesaba 500 libras, y la valiosa palma del mismo metal, donada por Luis XIV, fueron también pasados por el cuño.

Esta medida no solventó al Gobierno de sus compromisos, y sin crédito, nada podía adelantar en la organización de las tropas. La necesidad era urgente, era extrema; para llenarla fueron invadidas las iglesias por la autoridad, y los frontales de los altares, los candeleros, los ciriales, los atriles, las lámparas, todo esto de plata maciza; los diamantes, las esmeraldas y las perlas con que la piedad de los fieles había adornado las iglesias y las imágenes veneradas; y hasta las custodias, los cálices, las patenas, los copones de oro; todo, todo siguió a Jamaica para comprar víveres ¡Esfuerzos tardíos! Ya no había tiempo para remediar las calamidades que el sistema establecido y los errores pasados habían traído a la Patria. En el equinoccio de otoño, que los marinos de las Antillas llaman «el cordón de San Francisco», los temporales son violentos, y por causa de ellos se perdieron nueve buques que de Jamaica iban para Cartagena cargados de víveres. Otros dos apresó la escuadra enemiga. Tantos desastres se miraron como un castigo del cielo porque aquellos recursos, que habrían salvado la ciudad, eran producto del sacrilegio. El clero no se opuso a que se dispusiera de las alhajas y piedras preciosas; pero miró con horror que las custodias y vasos sagrados pasasen a manos profanas, en un país que tanto le había hecho la guerra a Cristo.

Todo fué arrasado a cuatro leguas a la redonda de la ciudad.

El Gobierno General sólo contaba con 3.000 hombres diseminados en diferentes partes de la República, y no podía prestar un auxilio eficaz; maxime, cuando el brillante ejército de la Unión a órdenes del General Bolívar había sido arruinado por culpa de los jefes de Cartagena. Sin embargo, por un supremo esfuerzo hizo al Exterior un pedido de armas y municiones para socorrer la plaza, al mismo tiempo que envió con una compañía al mando y cuidado del Coronel Feliciano Otero la suma de \$ 80.000, producto de un empréstito que contrajo sobre los diezmos.

Por entonces los patriotas dieron un golpe sensible a los españoles: la cañonera Concepción tripulada por 36 republicanos encontró cerca a Tolú a la fragata española «Neptuno» la cual fué rendida con gran ventaja. Quedaron en poder de los patriotas el Mariscal Hore, 18 oficiales, 274 soldados españoles y buen número de fusiles, vestidos, fornituras y muchos otros objetos. En esta acción se distinguió por su valor el Alférez de fragata José Padilla. Los prisioneros fueron encerrados en las cárceles de la Inquisición, desgraciadamente había en la plaza herederos de la tiranía española que no pudiendo retener sus instintos sanguinarios, aprovecharon la oscuridad de la noche y el descuido de las guardias para acribillar odiosamente a algunos de los presos. Los demás fueron empleados en los trabajos de la Popa. O-

tro suceso vino a reanimar las esperanzas de los cartageneros ; y fué la llegada de la corbeta Dardo, armada con 28 cañones. En ella traía el Capitán Luis Brión los auxilios en armas que el Gobierno General, con ayuda de la Provincia del Scorro, había mandado comprar a Nueva York, consistente en 15,000 fusiles, 2,500 llaves de fusil, 400 carabinas, 200 pares de pistolas, 200 quintales de pólvora, 300 sables de latón 3 imprentas y una armería completa.

Uno de los más eficaces medios de pacificación empleado por Morillo fué el de enviar a las poblaciones proclamas en que hacía mil promesas a aquellos pueblos ya cansados de tanto guerrear.

El Juez del Campo de la Cruz, a quien eran enviados por creérsele realista, hizo mofa de ellas y lejos de publicarlas las envió al Gobierno de Cartagena.

El Cabo de Justicia del Guamo rehusó otras proclamas ofreciendo a sus portadores ejemplar castigo si volvían a llevarle comunicaciones españolas. ¡ Lástima que no se conozcan los nombres de estos dos patriotas para darles en la Historia el puesto que merecen ! En Barranca Nueva y Barranca Vieja se les dió lectura con mucho regocijo del vecindario. En el Yucal fueron recibidas con salvas ; en acción de gracias por las bondades del Rey, el presbítero Don Pablo Manotas cantó misa y tedeum.

El 18 de Agosto señaló la Popa parte de la escuadra enemiga, que luego volvió a desaparecer. La estación era la peor del año por las constantes lluvias y contrariedad de los vientos y corrientes, motivo por lo cual costó trabajo a la escuadra ganar la Punta Canoas.

Deseoso el Gobierno de hacer provisión de víveres envió a los Estados Unidos y a las Antillas comisionados especiales para el efecto ; y concedió a los introductores privilegios capaces de darles ánimo contra los riesgos con que estaban amenazados por la escuadra española.

Ocho días después del arribo de Morillo ante las murallas de Cartagena, llegó la división de Morales. Después de haber ensangrentado su paso con los viles asesinatos, envió una compañía a órdenes del oficial Valest para que bombardeara a Pasacaballos ; más sus habitantes después de un pequeño combate destruyeron la población por medio del fuego, para no ofrecer a sus enemigos abrigo alguno. Allí tomaron los realistas una lancha y dos bongos armados. Luego quisieron montar una batería en el mismo sitio pero la escuadra republicana se lo impidió cuantas veces lo intentaron ; en cambio se apoderaron de las islas de Barú y Santa Ana de donde arremetieron y tomaron el Estero, pues se consideraba de primera necesidad su ocupación para poder llevar provisiones por el lado izquierdo del caño.

En Cartagena se publicó un indulto general para quienes habiendo desertado, o cometido algún crimen, quisieran sentar plaza entre los defensores de la ciudad ; el indulto no alcanzaba a los asesinos.

El 19 de Agosto llegó la escuadra española cerca a Punta Canoa. El desembarque se hizo en el puerto de Arroyo-hondo y por Guayepo, e inmediatamente el regimiento de León fué envia-

do a Santa Catalina, donde hubo un ligero combate con las fuerzas patriotas. El 22 terminó el desembarque.

El 23 fué recibido en Cartagena, con mucho regocijo, el resto de las fuerzas del General Palacios, lo cual dió mucho ánimo a los cartageneros, pues los de Palacios arrearon en su marcha cuantos animales encontraron. Por renuncia de Palacios la tropa fué confiada al General Bermúdez en la defensa de la Popa.

La escuadra de Morillo ocupó los fuertes de Bocachica y Puntacanoas para impedir la introducción de víveres por el mar y atacar desde allí la ciudad. El cuartel general con su Estado Mayor y reservas lo instaló en Palenquillo, y luego, en la hacienda de Torrecilla, a cuatro leguas de la plaza. Mientras tanto el sanguinario Morales estrecha el círculo por tierra, para establecer su cuartel en la hacienda del Mamonal.

El centro y la derecha de la línea española era ocupada por el cuartel general de Torrecilla, y por los destacamentos que había en Ternera, Bayunca, Santa Rosa, Arenal y Barragán. En este último punto existía una fuerte columna de zapadores y de las compañías ligeras del ejército expedicionario más un piquete de húsares de Fernando VII, que servía para los reconocimientos y escolta de víveres, prisioneros y enfermos que desembarcaban por Punta Canoas y Guayepo. Morillo colocó los hospitales ala espalda de su línea; en Turbaco, donde tuvo que habilitar chozas de mezquina construcción, pues apenas conoció, por los vestigios, el lugar donde se asentaba la población, en Sabanalarga y Arjona. Con estas operaciones se cerraron también las avenidas de la plaza por tierra; así quedó Cartagena rigurosamente bloqueada, y encerradas en su recinto, aproximadamente, diez y ocho mil bocas, para consumir los pocos víveres que los imprudentes jefes habían almacenado. El bloqueo se estrechó sin que entrara a la plaza el dinero que desde Julio remitió el Gobierno General, pues el Coronel Feliciano Otero no aceleró sus marchas como debía; falta que pagó bien caro, (como lo veremos adelante).

Don Francisco Montalvo ayudado eficazmente por los inquisidores, continuaba en aquello que llamaban «administración de justicia». En tal virtud se seguían breves sumarios a los patriotas, que muchas veces se reducían a listas de nombres. También ordenó al Gobernador de Riohacha pedir a los hacendados cuantos ganados, mulas y caballos fueran necesarios para las provisiones de subsistencia y para montar el escuadrón que traía sus monturas pero le faltaba las caballerías. Por su orden fueron reclutados todos los marineros y prácticos tanto europeos como indígenas para que fuesen puestos a las órdenes de Morillo.

A Cartagena, solo afluyó un sin número de personas que huyó de las poblaciones al acercarse los de Morales, y que los sitiadores dejaron entrar como que así el hambre rendiría más aprisa la ciudad, irreductible por la fuerza.

Castillo jamás se atrevió a arrojar de la plaza las bocas inútiles, que hubiera sido, en último caso, una medida de victoria. Temía una sublevación interna producida por los mismos defensores, amigos o emparentados con los refugiados.

Toda la costa de Barlovento quedó domeñada por la fuerza

española del Capitán Julián Bayer. Tolú y Zapote, únicos lugares de donde se podían llevar víveres a los sitiados fueron asaltados por los realistas Arce y Machado.

Bayer atacó en Chimá a una columna de 500 patriotas comandados por Martín Amador y Pantaleón Ribón (1). En esta acción quedaron casi todos los patriotas, junto con sus jefes, en poder de los enemigos: el resto de las fuerzas derrotadas fué aprisionado en Montería. Allí pereció el Coronel Otero, conductor de los ochenta mil pesos que el Gobierno de la Unión envió como auxilio a Cartagena, y que tanta falta hizo a los patriotas.

Don Francisco Montalvo trajo de Santa Marta e introdujo en la provincia la siguiente proclama impresa: «Habitantes del Nuevo Reino de Granada: Vuestros tiranos os habfan anunciado la disolución del ejército real al mando del Excelentísimo Señor D. Pablo Murillo, suponiéndolo repartido en los puntos que se les antojó. Esta, como muchas otras imposturas, ya la tenéis desvanecida a vista de que ocupa el territorio de esta provincia el mismo ejército tan brillante y aguerrido como salió del puerto de Cádiz, y después de dejar en paz a nuestros hermanos de Venezuela.

El rey nuestro Señor que no quiere la destrucción de nuestros vasallos sinó su bien, los envía para quitar de en medio de sus buenos habitantes de este Reino, al puñado de malvados que hechos dueños violentamente de un modo efímero, os seducen, os distraen de vuestras labores, del cuidado de las familias y de los bienes. Bastantes daños os han causado hasta aquí; pero ya es llegado el momento de libertaros de su opresión y de que viváis como antes.....

Para el Rey nuestro Señor será el día más feliz aquel en que se le diga que el Nuevo Reino de Granada está tan leal y obediente a sus reales órdenes..... Por lo tanto, a fin de asegurar lo más breve el buen éxito, ordeno y mando como Capitán General del reino, lo que sigue:

1º Inmediatamente depondrán las armas y quedará cortada la comunicación de los pueblos con la ciudad de Cartagena, sujetándose a los contraventores a las leyes de la guerra;

2º Todos los jueces, curas y dos padres de familia, o dos personas las más visibles de cada pueblo, deberán presentarse, sin excusa ninguna en donde estuvieren al Cuartel General, a renovar su juramento de fidelidad al Rey Nuestro Señor Don Fernando séptimo, y a recibir mis instrucciones para su gobierno en adelante.....

3º.....

4º El primer juez, cura o cualquiera otra persona pública a cuyas manos llegue esta proclama, será responsable de transmitirla al más inmediato, y así sucesivamente hasta internarla por todo el Reino..... especialmente los curas y Señores que por sus ministerios están obligados a persuadir a los pueblos de la obediencia de su legítimo Monarca y reprender y encaminar bien con sus discursos y ejemplo a los que se extravían del que les con-

---

(1) Fusilados en Cartagena.

viene, por entregarse a novedades que siempre les serán fatales.—De Montalvo.»

Con el objeto de que se comprenda hasta donde pueden ir las pasiones de partido, aun en las circunstancias más críticas para una noble causa, la Historia de nuestra Patria debe conservar con inexorable justicia la siguiente carta que fué interceptada por los españoles, como muchas otras, y que la audacia de Morillo, no descuidó en publicar para desacreditar ante el pueblo a los caudillos de la Libertad :

Kingston de Jamaica, 9 de Septiembre de 1815.

Señor Doctor Francisco García del Fierro, Cartagena. Siento infinito Señor Doctor, y siempre mi benefactor, el ser a Ud. importuno, y más en unas circunstancias como en las que lo contemplo. La necesidad extrema y horrible situación en que me hallo me impele inevitablemente a reiterarle mis encarecimientos. Bien es que el círculo de la justicia no debe ser absolutamente suspendido. Sé muy bien la disposición de Ud. a favorecerme y que allanará el decreto de mi libertad..... porque mi hijo Andrés me asegura que Ud. le ofreció hacer por mí todo..... Ud. es el único padrino y el todo mío, y no debo decir más. Sólo le ruego, y es el objeto de esta carta, que se interese en el pronto despacho, es decir, para la vuelta del barquito que lleva ésta..... porque mi amado Señor Doctor me hallo ya aquí en tal disposición de necesidades, después de ocho meses de tántas y tan lejanas peregrinaciones, que toco ya al extremo de mi vida según las hambres y tristes angustias a que me veo reducido. Lánguido y extenuado de sufrir, sin tener a quien volver los ojos, no me queda más recurso que la piedad de Ud. para que venciendo toda dificultad logre el alivio a que aspiro..... En todo queda y es de Ud. su verdadero afectísimo, apasionado y atento seguro servidor, Q. B. S. M. Manuel José Cajar.

De todos los lugares, y aun del interior, llegaban recursos a los expedicionarios. Morillo tomó todas las precauciones conducentes a establecer un estricto orden en las fuerzas invasoras : individuos que, sin permiso, anduvieran a más de cuatro leguas del lugar que se les había destinado, pagarían con la vida. La prohibición era extensiva a los enfermos. Ofreció propinas para los que entregaran prisioneros, especialmente si estos eran jefes.

«Una compañía del León atacó a Santa Catalina y batió a los patriotas quienes dejaron en el campo un oficial, 23 soldados, 56 fusiles, dos cajas con municiones, 200 reses y otros objetos.

El realista Simón Sicilia batió en Sabanalarga las fuerzas del Coronel Juan Salvador Narváez, cuando iba a posesionarse, y le tomó tres piezas de artillería.» (1)

Muchos eran los individuos que aunque granadinos, eran partidarios de la Monarquía, y a la menor ocasión desertaban para ir a servir al enemigo. De manera que los patriotas tenían que luchar contra sus mismos hermanos, que no conocían el precio de la libertad, y que muchas veces eran más encarnizados que los mismos españoles. Así se explica como en Sabanalarga

(1) Corrales, Documentos para la historia de Cartagena.

se celebrara con fiestas civiles y religiosas el reconocimiento que hicieron del Rey esta población y las de Santo Tomás, Palmar, Pueblo Nuevo, Sabanalarga, Usiacurí, Baranoa, Galapa, Soledad, Barranquilla y el mismo Malambo.

Tanto en las poblaciones que siempre fueron adictas al Rey, como en las que se arrepintieron de haber seguido el movimiento revolucionario se renovó el juramento de obediencia al Monarca. La jura se hacía en la forma siguiente :

«Reunidos por lo regular en la casa cural, (pues el clero en su mayoría era español y como tal deseaba el triunfo de su causa) el cura, los alcaldes pedáneos, los municipales, el jefe militar y demás testigos, se tocaba la caja de guerra para llamar a los vecinos del pueblo, y cuando todos estaban reunidos sin exceptuar uno solo, se entregaba la bandera española al comandante de las fuerzas del lugar. El sacerdote levantando la voz decía : Ya que hemos tenido la dicha de reclamar nuestro legítimo soberano y de volver a ratificar nuestro antiguo juramento, ¿Juráis leales vasallos del Señor D. Fernando VII, que Dios guarde, de sostener con vuestras vidas y haciendas el imperio de su corona? . . . Si lo juramos. . . . . ¿Os prometéis defender y empeñar todos vuestros esfuerzos y derramar la última gota de sangre antes de entregaros a otro cualquier gobierno? . . . . . Si nos prometemos. Por nuestro católico soberano Don Fernando VII : viva, viva ! » (1). Se regalaba algún dinero y se dirigían a la iglesia donde se cantaba misa y tedeum. Los insurgentes eran decomisados de sus bienes y encalabozados. Luego se redactaba el acta, que se enviaba a Don Francisco Montalvo.

No pocos fueron los extranjeros que tomaron parte en la defensa de la plaza ; especialmente venezolanos, ingleses y franceses ; a estos últimos, que defendían los castillos, envió Morillo la siguiente exhortación :

A los franceses que están dentro de Cartagena :

La acción del 25 en Barú ha puesto en mis manos a varios de vuestros compatriotas, y entre ellos al comandante de la goleta «Estrella», todos los que han sido tratados como prisioneros, con gran sorpresa de ellos, que esperaban la muerte, según han declarado. Franceses ! la casa de Borbón reina en Francia y en España. Vuestras manos atentan contra vuestro Soberano ayudando a los rebeldes. Napoleón estará ya en la isla de Santa Elena y con él desapareció del mundo la discordia y el que se derrame más sangre. Cualquiera que sea la conducta que hayáis observado, estáis aún en tiempo de ser reconocidos como franceses separándoos del partido que seguís ; pues Luis XVIII proscribire a todos sus vasallos que se mezclen con los rebeldes de América. Sabedlo, pues, y que los españoles así como han sido generosos a la orilla del Girona, lo son aquí. Contribuid a la rendición de esta plaza ; ayudadme a restablecer el orden, a que no tenga que derramar sangre alguna. . . . . ; pero el que no quisiere seguir este honroso camino que le señalo, será menos considerado que los rebeldes que no quisieron someterse al Gobier-

---

(1) Documentos para la historia de Cartagena.

viene, por entregarse a novedades que siempre les serán fatales.  
—De Montalvo.»

Con el objeto de que se comprenda hasta donde pueden ir las pasiones de partido, aun en las circunstancias más críticas para una noble causa, la Historia de nuestra Patria debe conservar con inexorable justicia la siguiente carta que fué interceptada por los españoles, como muchas otras, y que la audacia de Morillo no descuidó en publicar para desacreditar ante el pueblo a los caudillos de la Libertad:

Kingston de Jamaica, 9 de Septiembre de 1815.

Señor Doctor Francisco García del Fierro. Cartagena. Siento infinito Señor Doctor, y siempre mi benefactor, el ser a Ud. importuno, y más en unas circunstancias como en las que lo contemplo. La necesidad extrema y horrible situación en que me hallo me impele inevitablemente a reiterarle mis encarecimientos. Bien es que el círculo de la justicia no debe ser absolutamente suspendido. Sé muy bien la disposición de Ud. a favorecerme y que allanará el decreto de mi libertad..... porque mi hijo Andrés me asegura que Ud. le ofreció hacer por mí todo..... Ud. es el único padrino y el todo mío, y no debo decir más. Sólo le ruego, y es el objeto de esta carta, que se interese en el pronto despacho, es decir, para la vuelta del barquito que lleva ésta..... porque mi amado Señor Doctor me hallo ya aquí en tal disposición de necesidades, después de ocho meses de tantas y tan lejanas peregrinaciones, que toco ya al extremo de mi vida según las hambres y tristes angustias a que me veo reducido. Lánguido y extenuado de sufrir, sin tener a quien volver los ojos, no me queda más recurso que la piedad de Ud. para que venciendo toda dificultad logre el alivio a que aspiro..... En todo queda y es de Ud. su verdadero afectísimo, apasionado y atento seguro servidor, Q. B. S. M. Manuel José Cajar.

De todos los lugares, y aun del interior, llegaban recursos a los expedicionarios. Morillo tomó todas las precauciones conducentes a establecer un estricto orden en las fuerzas invasoras: individuos que, sin permiso, anduvieran a más de cuatro leguas del lugar que se les había destinado, pagarían con la vida. La prohibición era extensiva a los enfermos. Ofreció propinas para los que entregaran prisioneros, especialmente si estos eran jefes.

«Una compañía del León atacó a Santa Catalina y batió a los patriotas quienes dejaron en el campo un oficial, 23 soldados, 56 fusiles, dos cajas con municiones, 200 reses y otros objetos.

El realista Simón Sicilia batió en Sabanalarga las fuerzas del Coronel Juan Salvador Narváez, cuando iba a posesionarse, y le tomó tres piezas de artillería.» (1)

Muchos eran los individuos que aunque granadinos, eran partidarios de la Monarquía, y a la menor ocasión desertaban para ir a servir al enemigo. De manera que los patriotas tenían que luchar contra sus mismos hermanos, que no conocían el precio de la libertad, y que muchas veces eran más encarnizados que los mismos españoles, Así se explica como en Sabanagrande

(1) Corrales, Documentos para la historia de Cartagena.

se celebrara con fiestas civiles y religiosas el reconocimiento que hicieron del Rey esta población y las de Santo Tomás, Palmar, Pueblo Nuevo, Sabanalarga, Usiacurí, Baranoa, Galapa, Soledad, Barranquilla y el mismo Malambo.

Tanto en las poblaciones que siempre fueron adictas al Rey, como en las que se arrepintieron de haber seguido el movimiento revolucionario se renovó el juramento de obediencia al Monarca. La jura se hacía en la forma siguiente :

«Reunidos por lo regular en la casa cural, (pues el clero en su mayoría era español y como tal deseaba el triunfo de su causa) el cura, los alcaldes pedáneos, los municipales, el jefe militar y demás testigos, se tocaba la caja de guerra para llamar a los vecinos del pueblo, y cuando todos estaban reunidos sin exceptuar uno solo, se entregaba la bandera española al comandante de las fuerzas del lugar. El sacerdote levantando la voz decía : Ya que hemos tenido la dicha de reclamar nuestro legítimo soberano y de volver a ratificar nuestro antiguo juramento, ¿juráis leales vasallos del Señor D. Fernando VII, que Dios guarde, de sostener con vuestras vidas y haciendas el imperio de su corona? . . . Si lo juramos. . . . . ¿Os prometéis defender y empeñar todos vuestros esfuerzos y derramar la última gota de sangre antes de entregaros a otro cualquier gobierno? . . . . . Si nos prometemos. Por nuestro católico soberano Don Fernando VII : viva, viva ! » (1). Se regalaba algún dinero y se dirigían a la iglesia donde se cantaba misa y tedeum. Los insurgentes eran decomisados de sus bienes y encalabozados. Luego se redactaba el acta, que se enviaba a Don Francisco Montalvo.

No pocos fueron los extranjeros que tomaron parte en la defensa de la plaza ; especialmente venezolanos, ingleses y franceses ; a estos últimos, que defendían los castillos, envió Morillo la siguiente exhortación :

A los franceses que están dentro de Cartagena :

La acción del 25 en Barú ha puesto en mis manos a varios de vuestros compatriotas, y entre ellos al comandante de la goleta «Estrella», todos los que han sido tratados como prisioneros, con gran sorpresa: de ellos, que esperaban la muerte, según han declarado. Franceses ! la casa de Borbón reina en Francia y en España. Vuestras manos atentan contra vuestro Soberano ayudando a los rebeldes. Napoleón estará ya en la isla de Santa Elena y con él desapareció del mundo la discordia y el que se derrame más sangre. Cualquiera que sea la conducta que hayáis observado, estáis aún en tiempo de ser reconocidos como franceses separándoos del partido que seguís ; pues Luis XVIII proscribire a todos sus vasallos que se mezclen con los rebeldes de América. Sabedlo, pues, y que los españoles así como han sido generosos a la orilla del Gerona, lo son aquí. Contribuid a la rendición de esta plaza ; ayudadme a restablecer el orden, a que no tenga que derramar sangre alguna. . . . . ; pero el que no quisiere seguir este honroso camino que le señalo, será menos considerado que los rebeldes que no quisieron someterse al Gobier-

(1) Documentos para la historia de Cartagena.

no de su legítimo Soberano Don Fernando VII. Vosotros podeis hacer cuanto os digo . . . . . Sois dentro de la plaza los más fuertes . . . . . y cuando por último, al propio tiempo que los pueblos espontáneamente proclaman al Señor Don Fernando VII, con el ejército y escuadra os bloqueo.

Cuartel general de Torrecilla, 4 de Octubre de 1815—Morillo.

Por entonces se tuvo conocimiento en Cartagena del horrible crimen del español José Carbonero quien había servido más de veinte años en los hospitales militares del país; casado en la Nueva Granada y con tres hijos; se degolló él mismo en Sabanalarga declarando antes que había envenenado más de 400 soldados, todos americanos, en los hospitales de Turbaco y Baranóa confeccionando las medicinas con arsénico. El remordimiento de tamaño atentado le hizo privarse de una existencia atormentada continuamente por la voz de la conciencia. Si Carbonero unido con tan estrechos vínculos a la Patria asesinaba de un modo tan bárbaro, qué se podría esperar de los que en nombre de Fernando VII invadían el territorio?

Entre las ventajas que consiguió Morillo cuando sus tropas ocuparon el fuerte del Zapote, frente a la desembocadura del río Sinú, fué hacer prisionero al ciudadano José María Portocarrero (1), comerciante de Santa Fé, quien conducía pliegos del Gobierno de Cartagena para el de la Unión. Su contenido era de la mayor importancia para los realistas, pues el General Castillo en oficio del 7 de Septiembre, hacía al Gobierno Supremo la pintura más triste del estado de la plaza y decía: que a pesar de los grandes sacrificios del Gobierno y de los particulares, ya no había recursos para pagar las tropas; que en cuanto a víveres, era peor su situación; no existía depósito alguno, ni menos almacenes generales; no se hallaba un grano de maíz, ni había en la ciudad más que 500 reses, de suerte que aun contando con los pocos caballos, mulas burros y perros apenas podían prometerse víveres para cuarenta días. Y aunque se enviaran algunos buques ligeros a las Antillas a buscar provisiones, como no había crédito, ni dinero; y como por otra parte se corría gran riesgo en penetrar por medio de la escuadra que bloqueaba rigurosamente el puerto en todas direcciones, era muy difícil recibir socorros. En fin, que el número de las tropas de línea disponibles no pasaba de 1.000 hombres, y las fuerzas sutiles eran muy inferiores a las españolas.

Morillo publicó inmediatamente un cuadro funesto para los patriotas, terminando el boletín con una proclama a los americanos, persuadiéndolos que sus gobernantes los engañaban.

Castillo, en los boletines publicados por su Mayor General al principio del bloqueo, había asegurado, para inspirar confianza al pueblo, que tenía ocho mil hombres y víveres para un año. Estas noticias, divulgadas en lo interior, inspiraron una seguridad mal fundada de que no se perdería Cartagena, y dieron motivo al General español para continuar calumniando a los patriotas.

No obstante el triunfo de que estaban seguros los españoles, su escuadra tuvo mucho que sufrir por las continuas corrientes con-

(1) Fusilado en Cartagena.

trarias, de manera que la fragata *Ifigenia* se vió obligada a buscar abrigo en la isla de Barú. Castillo determinó tomarla a tiempo que los otros buques no podrían apoyarla por la distancia que los separaba. Para tal efecto fueron escogidos cuatrocientos hombres de los más veteranos y parte del Estado Mayor, a bordo de los buques que se calcularon necesarios para la empresa, los que mandaba el Capitán de navío Aury; éste, enemigo político de Castillo contravino las órdenes y efectuó el desembarco en Santa Ana sin ninguna precaución, con el pretexto de apoderarse de este punto y mejor efectuar el abordaje de la *Ifigenia*. Cuando menos lo esperaban, los republicanos fueron atacados por los realistas a órdenes del Teniente Coronel de Ingenieros Juan Camacho. La fuerza republicana se dispersó (25 de Septiembre). Los patriotas dejaron en el campo 25 soldados muertos, 35 heridos y los elementos de guerra. Así fracasó el plan debido a las emulaciones de los Jefes venezolanos con Castillo.

Al mismo tiempo que se atacaba a Barú, el patriota Francisco Sanarrusia, llamado el virtuoso, burló la escuadra que hacía la guardia en Pasacaballos y con ocho buques salió en consecuencia de víveres y a llevar proclamas. Desgraciadamente su regreso no fué tan afortunado como su salida; pues el oficial Juan Díaz le descubrió y atacó (3 de Octubre). Empeñada la lucha resultaron grandemente lesionados los patriotas. Sanarrusia se suicidó por no caer en manos de los enemigos. «Cuando Morillo tuvo conocimiento de la muerte del Capitán, dispuso que le cortaran la cabeza al cadáver y la condujeran a su Cuartel General de Torrecilla para darle sepultura en la pesebrera. (1) Quiso el General Morillo causar injuria al cadáver y aun a la memoria, que por ese hecho honra hoy nuestra historia». Muchos fueron los materiales de guerra y sobre todo los víveres, tan deseados en la plaza, que se perdieron en esta acción.

Los comisionados en Jamaica, Caveró y Hysslop, excitaron con mucho empeño al General Bolívar para que volviera a Cartagena a salvarla de la dominación española. El General comprendió lo delicado de la situación, el empedernimiento de Castillo y la conmoción que pudiera efectuarse con su regreso a la costa. En consecuencia rehusó con amargura la petición y en prueba de agradecimiento y magnanimidad de alma, acreditó al jefe de la plaza, su más encarnizado enemigo; ..... «Además yo no me conceptúo con las cualidades que tan gratuitamente Uds. me suponen y por el contrario, pienso que el actual general que manda el ejército defensor de Cartagena, posee en el más alto grado, los caracteres militares que pueden adornar a un soldado: valor, desprendimiento, patriotismo, actividad, celo y talento militar».

Esto no obstante para que Castillo no dejara de tener enemigos, sobre todo en los venezolanos; a esto se agregó el aborrecimiento que se átrajo de los demás jefes, que altamente indignados por los acontecimientos de la última guerra civil, le atribuyeron poca actividad y energía en sus operaciones de defensa, y sólo aguardaban un suceso desgraciado como los de Santa Ana y Estero para de-

(1) García del Rfo — El sitio de Cartagena.

ponerlo. Castillo comprendiendo la inquina, reunió el Consejo General y en él encontró la oposición que había previsto. Quisieron sus enemigos que su deposición fuera ruidosa, y para llevarlo a cabo, promovieron una revolución. El Teniente de navío Aury fué el primero que levantó el grito; uniósele Bermúdez con su tropa y resultó éste elegido jefe de la plaza (17 de Octubre), a pesar de que la jefatura correspondía al Gobernador. Castillo pidió un pasaporte para retirarse al extranjero y el Gobierno se lo concedió, pero sus enemigos se opusieron a ello.....

El nuevo jefe de las armas, Bermúdez, dictó serias medidas para investigar el paradero de algunos víveres que se decía estaban ocultos.

Entre tanto los sitiadores estrechaban la línea de batalla que por tierra se extendía de Punta Canoas hasta Pasacaballos. Nueve barcos se apostaron en el golfo de Barú y los demás a la entrada de la Punta Canoas; sólo tres pequeñas goletas cargadas de carne y harina, y dos corsarios con pocos víveres habían podido burlar la vigilancia de los realistas. Una fuerte tempestad echó a pique tres buques pequeños que salieron de Kingston, enviados por comisionados, con provisiones para los sitiados.

Para aquel tiempo ya era muy triste la situación de los habitantes de Cartagena: El hambre y la peste diezaban la ciudad. A pesar de una rigurosa economía, a fines de Octubre gran parte de la ciudad se alimentaba con caballos, burros, perros, gatos y hasta ratas; pero nadie hablaba de rendirse a los españoles; todos sufrían con valor y resignación las mayores privaciones. Tenían la esperanza de que llegarían provisiones de un momento a otro, o de que un fuerte cuerpo de tropas venidas del interior atacara a Morillo por la espalda y rompiera su línea.

Los extranjeros dedicados a la especulación conservaban algunos depósitos de víveres ocultos, los que vendían a trueque de oro y piedras preciosas.

Antes que hablar de sometimiento se pensó en poner la ciudad bajo la protección del Gobierno de Inglaterra. La junta de guerra que con tal motivo se reunió autorizó al Gobernador para que tomara las medidas que juzgara conducentes a la salvación de la ciudad, excepto «la de capitular con los españoles o volver a su dominación». El Señor Amador comisionó a los Doctores Ignacio Cavero y Enrique Rodríguez para que propusieran al Duque de Manchester, Gobernador de Jamaica, tomara posesión de la Ciudad y Provincia de Cartagena a nombre de S. M. Británica. Hecha la proposición, el Duque se negó a ello, por no tener autorización de su Gobierno para tomar una determinación tan delicada. Aun cuando los cartageneros veían irrealizable su proyecto, izaron por algunos días, sobre las murallas la bandera inglesa.

Los boletines exagerados, que publicaba el Gobierno de la Provincia hablaban de la calidad de las fortificaciones de la plaza, del considerable número de defensores y del buen acopio de víveres; disminuían las fuerzas de Morillo, anunciaban descalabros sufridos por los españoles en Venezuela, prometían que la expedición jamás podría rendir a Cartagena. De aquí que las provincias del interior se preocuparan tan poco de la suerte de la ciudad. El

Gobierno General, si era sabedor del estado de miseria de la Provincia, y para aliviar el cual el Congreso decretó una contribución a todas las provincias en razón de las propiedades de cada cual según la valorización juramentada de los mismos propietarios.

Dos meses de terrible bloqueo habían transcurrido, (25 de Octubre) cuando Morillo impacientado por no haber adelantado cosa de provecho, y si sufrido las penalidades y privaciones consiguientes a un clima insalubre, y a la espantosa epidemia de disentería que tenía rendidos en los hospitales 3.600 soldados; experimentado recios y frecuentes temporales que arruinaban la escuadra, optó por apurar la rendición de la plaza ordenando el bombardeo de la ciudad. Destruir varias casas y dar muerte a algunas mujeres y niños inocentes que estaban descuidados, fué la única ventaja que consiguió de aquella horrible medida. En el momento que comenzó el bombardeo, los habitantes de Cartagena que no estaban sobre las armas, se refugiaron en las bóvedas de Santa Catalina. Viendo lo inútil de esta medida hizo esfuerzos para dominar la plaza con artillería, para lo cual proyectó forzar la Boquilla y penetrar en la laguna de Tesca, mas el capitán de fragata Rafael Tono, con su escuadrilla de bongos, resistió con vigor dos acometidas; de manera que los realistas desistieron de sus pretensiones y decidieron variar el plan de operaciones hacia Sotavento. Morales que había reunido en el Estero las fuerzas sutiles, de barcas cañoneras, que trajo la escuadra española, las que tripularon en Barú, y otros buques armados venidos del Magdalena y Santa Marta, consiguió forzar la boca interior del Estero e introducirse en la bahía. Esto provino de haberse disminuido la fuerza republicana que guardaba el paso y por la pérdida del «Gonzalo» buque destinado a la vigilancia de ese lugar.

Es seguro, que si los habitantes de las poblaciones hubieran sido tan constantes como los de Cartagena en hostilizar a los españoles de cuantas maneras estuvieran a su alcance, como se lo había ordenado el Gobierno, otra hubiera sido la suerte de Cartagena; pero entre los pueblos que juraron obediencia al Monarca encontraron las fuerzas sitiadoras muchas comodidades que las animaron para continuar la lucha.

Las operaciones del bloqueo exigían ya la posesión de Tierra Bomba de donde se proveía de pescado la plaza; además facilitaría la ventaja de estrechar la línea y surtir por agua de todo lo necesario al ejército. Con este objeto, ordenó Morillo, montar una batería en Cocobolo y apoyarla en cinco bongos que llegaron del Magdalena y uno que tomaron a los patriotas. Cuatro barcos colocados en Tejadillo estaban listos a proteger el paso de las tropas hacia la isla. El movimiento debía ejecutarse en la madrugada del 11 de Noviembre; pero cubriendo esta interesante operación con un ataque al cerro de la Popa, más o menos decidido según las circunstancias que se presentaran.

En dirección a Tierra Bomba llevaron los realistas: tropas, efectos de guerra y víveres para varios días. El movimiento general se inició por el sigiloso ataque de 800 hombres, al fuerte de la Popa, y al amparo de la oscuridad de la noche.

En Cartagena se celebraba el aniversario de la proclamación de la libertad absoluta de la Provincia. Los de la Popa, después de festejar el día con algunas bebidas, dormían. Sólo el Mayor Francisco Piñango velaba en la contemplación de los fuegos artificiales, que se hacían en la plaza. Los españoles escogieron este día para el ataque creyendo, con fundamento, sorprender a los patriotas en medio de la fiesta. Los realistas subieron al cerro por el lado de la ciénaga de la Virgen hasta colocar en los muros las escalas para dar el asalto. El primer sargento que montó el parapeto gritó «Viva el Rey!» ¡Nó, que aún vive Piñango! contestó en los muros este valeroso comandante hiriendo al puto de muerte al primer asaltante. Empeñado el combate, los valerosos atacadores disputaron cuerpo a cuerpo, y a la bayoneta, con los patriotas la posesión de los reductos. Ultimamente la ofensiva se inició en pelotones pero la metralla barría sin cesar al enemigo, que bajo el mortífero fuego de las baterías de la Popa y del castillo de San Felipe huyó después de tres cuartos de hora de combate; y un ¡Viva la Patria! coronó la victoria. El zesto de los asaltantes fué medio destruido por el fuego continuo de San Felipe. Costosa fué la tentativa, pues murieron en el campo: El Capitán José Maortúa (1) jefe de los asaltantes, dos oficiales y treinta soldados. Además, dejaron en el campo veinticinco heridos, cincuenta fusiles y ocho escalas. Comandante de los 130 hombres que defendían el Castillo de la Popa era el valeroso Coronel venezolano Carlos Soublette: hiciéronse dignos de mención el simpático inglés Santiago Stuart y el Mayor Francisco Piñango.» Mas era tal la miseria en Cartagena, que en recompensa de acción tan gloriosa, sólo pudo darse a aquellos valientes una pequeña gratificación en plata, que de nada podía servirles, veinte cueros para alimentarse y dos pipas de vino.

El ataque a Tierra Bomba se hizo bajo las órdenes de Morales. La Popa señaló la fuerza marítima comandada por José Laserna y su segundo Luis Tomas Pacheco, edecán de Don Francisco Montalvo y que a pesar de ser granadino hizo a los patriotas todo el mal que estuvo al alcance de sus influencias. Los patriotas se lanzaron con seis goletas y algunos bongos, contra la escuadra realista. Después de indeciso combate, en que murió Pacheco, Laserna se vió obligado a acoderarse en el caño del Loro, donde los republicanos no pudieron abordarlo. Las escaramuzas continuaron hasta el tercer día, en que los enemigos recibieron el refuerzo de algunas barcas, y los patriotas volvieron al interior de la bahía, causando varios daños a la batería de Cocosolo. En esta acción se distinguieron los defensores del Castillo del Angel, cuyo comando tenía el prudente Coronel José María Zapata. Los patriotas perdieron entre otros al llorado Capitán Antonio Herrera; y como resultado final, quedó cortada la comunicación con Bocachica y reducida la línea del asedio. El enemigo construyó inmediatamente otra batería en Tierra Bomba; así quedó obstruída la entrada o salida de cualquier embarcación. Perdida la

---

(1) Araújo le llama Mostua.

isla, Morales intentó de nuevo tomar por asalto el Castillo del Angel, donde comandaba el Teniente Coronel Sata; más fué rechazado con pérdidas considerables; en cambio consiguió dominar con sus fuerzas sutiles casi toda la bahía. Así perdieron los sitiadores el escaso auxilio de raíces y verduras que sacaban de aquellas tierras.

En el Caño del Loro el sanguinario Morales hizo alarde de ferocidad al destruir el hospital de leprosos y degollar a sus enfermos.

Los horrores del hambre y de su hermana inseparable, la peste, continuaban la consunción de los cartageneros. Las desgracias de los infelices sitiados llegaron entonces a su colmo: el barril de harina, mientras lo hubo, se vendió hasta ciento cincuenta pesos, los huevos a cuatro pesos cada uno y las gallinas a diez y seis.

La mayor parte de la gente se alimentaba con carne de caballos, perros, burros, gatos y ratas en detestables salmueras: raíces, harinas podridas y bacalao rancio. No fueron despreciados los cueros y demás sustancias que en alguna forma pudiesen ser digeribles. Consumido todo, solo continuaron viviendo los heroicos sitiados de una vida superficial de esperanzas cifradas en un buque mercante que avistaba para luego desaparecer.

A fines de Noviembre los combatientes no llegaban a mil. Los centinelas muertos de hambre, caían en sus puestos. Dos veces se publicó un bando que ordenaba a todos aquellos que fueran incapaces de llevar las armas salir de la ciudad; pero esta medida jamás se llevó a cabo. Por fin resolvieron salir cerca de dos mil personas, en su mayoría mujeres y niños, para esconderse en las haciendas vecinas a Palenquillo y procurarse la necesaria subsistencia en los campos del Cafetal y Barragán. Más de las dos terceras partes sucumbieron en los egidos, y pocas fueron las que pudieron llegar a puestos enemigos, donde fueron bien recibidas, amonestadas por Morillo y devueltas a la población. Esta medida lejos de ser humanitaria tenía por objeto hacer que en la plaza no disminuyese el número de bocas. (1) ¡Cuán triste no sería la situación de los sitiados y qué aspecto lastimoso no presentaría el rostro de esos mártires de la libertad, cuando las familias fugitivas llegaron a excitar la compasión de sus crueles adversarios! Pero el cuadro más pavoroso que ningún ser humano podrá recordar sin estremecerse de horror, lo formaban los niños agonizantes que en vano intentaban sacar alimento del pecho helado de la madre muerta!

La ciudad ya no tenía más defensa que la pusilanidad de sus sitiadores, que no se atrevían a atacar la plaza. Más por orgullo, que por esperanza de tomar a Cartagena, permanecían frente a sus murallas.

En los ciento seis días de sitio el ejército realista había disminuido de tres mil hombres, muertos en su mayor parte de la terrible epidemia de la disentería, y buena parte de los sobrevivientes, luchaban contra el flagelo de la fiebre; pero mucho más

(1) Morillo asegura que no devolvió los fugitivos, movido a compasión.

lamentable era la situación de los heroicos sitiados. Todas las guarniciones de los fuertes y baluartes habían disminuído en extremo: de los quinientos hombres que al principio del bloqueo defendían el Castillo de San Felipe, sólo existían treinta y siete; y así en los demás puntos.

El 4 de Diciembre llegó a trescientos el número de las personas que de hambre murieron en las calles; los demás parecían espectros ambulantes que soltaban el fusil para arrastrarse a los hospitales. A seis mil ascendía yá el número de muertos, y ni aun era posible dar sepultura a los muchos cadáveres esparcidos en casas y calles, cuya putrefacción envenenó el ambiente. Más, a pesar de tan formidable azote no desmayaba la constancia de los sitiados, prefiriendo morir a depender de Morillo.

A la sazón Don Juan de Dios Amador había caído enfermo y en su reemplazo ejerció la Gobernación el Dr. Elías López Tagle.

Perdida ya toda esperanza de que viniese del interior alguna fuerza en auxilio de la plaza, y de recibir provisiones de las Antillas; ocupado por el enemigo todo el territorio comprendido entre el Magdalena, el Sinú, el Cauca y el mar, creyó el Gobierno que había llegado el caso de tomar una resolución definitiva.

El Gobernador López convocó una junta de jefes militares y vecinos notables; García Toledo propuso poner fuego a los almacenes de pólvora, para inmortalizar sus ilustres nombres. La Junta declaró su intención de no capitular con las fuerzas españolas. El Gobernador manifestó que había listos doce buques y la fragata Dardo para recibir a todos los que pudieran embarcarse y quisieran correr el riesgo de abrirse paso, por en medio de la escuadra y batería enemigas o ir a refugiarse a Jamaica o a los Cayos de San Luis. Entonces se pensó en mejores días para la Patria, a los cuales podrían aportar el contingente de sus fuerzas y las de sus hijos. Todo el que pudo levantarse acudió a las embarcaciones, última esperanza de su valor: claváronse los cañones, de las murallas, los de la Popa y de San Lázaro; y a ejemplo de los de Tiro, Teos y Focea, se embarcaron en la tarde del 5 de Diciembre más de dos mil cartagenos, de todo sexo y edades. La escena no podía ser más patética ni inspirar sentimientos más profundos de dolor. El padre, el esposo, el hermano, dejaban en el lecho de la muerte a los objetos más queridos de su corazón y se iban a entregar sin víveres y con pequeñas fuerzas a una muerte casi segura, alejándose acaso para siempre de su país natal, por huir de la tiranía española. Al mismo tiempo, veían frustrados todos sus esfuerzos, perdidos todos los sacrificios de seis años y las esperanzas que habían concebido de ser libres e independientes.

La escuadrilla era incapaz de contener toda la población sobreviviente. El comandante Aury no cumplió las órdenes del Gobierno y dejó sin aguada a los tripulantes. En la bahía quedó abandonado buen número de soldados, sin más arbitrio que caer en manos de Morales, para recibir una muerte cruel, como efectivamente sucedió. Muchos fueron los patriotas que, aunque seguros de que Morillo no les perdonaría la vida, permanecieron voluntariamente en la ciudad.

El enemigo que observaba el movimiento de los buques re-

publicanos, había establecido cuatro baterías de una y otra parte de la bahía con piezas de grueso calibre, que cruzaban sus fuegos; fuera de ésto, veintidós lanchas y bombarderas, con sus cañones de igual calibre, se formaron en el canal para estorbar la salida. Mas, animada la emigración por muy fuertes sentimientos, y conduciendo a sus mujeres, a sus hijos y lo más precioso que tenía, resolvió vencer o morir; así continuaron los patriotas su rumbo rechazando a las fuerzas enemigas que pretendían abordar algunos buques, de cuyo intento desistieron, viendo la determinación con que se les atacaba hasta obligarlas a refugiarse bajo el fuego de sus baterías. Estas fueron igualmente flanqueadas, aunque con varios daños de los buques y algunos emigrados muertos y heridos.

A las cinco y media de la tarde llegó la escuadrilla independiente a Bocachica, después de forzar el terrible paso de Caño del Loro, bajo un fuego infernal a quemarropa,

En la mañana siguiente a la tarde en que tuvo lugar la emigración observaron los patriotas que una goleta americana, conductora de provisiones destinadas a favorecer a los sitiados, se hallaba ya muy cerca de la muralla de Santo Domingo, muchos de los fugitivos resolvieron regresar a Cartagena para recibir los víveres y recuperar la plaza; pero encontraron cerradas las puertas de ésta, y defendida por los prisioneros españoles, que habían rehabilitado algunas piezas de artillería. La goleta cayó en poder de los españoles de la ciudad y los emigrados se vieron obligados a continuar la marcha que llevaban. Entre las muchas provisiones que conducía la goleta, tomaron los realistas mil barriles de harina y ochocientos arrobas de carne.

Si como lo propuso el Ex-gobernador Amador, se hubiera esperado tres días más la evacuación de la plaza, seguramente Morillo no hubiera podido resistir, pues su flota estaba casi arruinada y más de la mitad de los soldados invalidados por las epidemias.

El resto del día seis, y parte de la noche, se empleó en poner a bordo los víveres que existían en el castillo de San Fernando, en clavar la artillería y permitir a los vecinos de Bocachica que dejasen a sus familias ocultas en los bosques, para luego seguir con resignación la suerte de sus compatriotas. El Comandante Ducoudray, jefe de las fuerzas del Castillo, no quiso acompañar a los emigrados.

En la madrugada del siete izaron velas para ir en busca de un asilo que los preservara de la dominación peninsular. Entre otras familias emigrantes iban la de Amador y López (últimos Gobernantes de Cartagena), Núñez, Méndez, Angulo, Laza, Rojas, Martínez, (Pablo de), Hurtado (Pedro de), Cavero, Piñeros, Berrío, Castillo, Ponce, ..... Manuel del Castillo quiso también emigrar pero sus enemigos le amenazaron con la muerte, por lo que se vió obligado a quedarse oculto con su mujer en el convento de las Carmelitas. Muchos de los emigrados volvieron en 1820 con los bravos generales Mariano Montilla y José

Padilla, el Nelson colombiano, para recuperar la Provincia. ( 1 )

El Teniente Coronel español Don Antonio Galluzo ( 2 ) que estaba prisionero en Cartagena, y el de igual grado Don Pedro Guillén al servicio de la República, partieron para el Cuartel general de Torrecilla, enviados por el Mariscal de Campo Don Domingo Esquiaqui, quien había quedado encargado de la plaza, a avisar a Morillo la evacuación de la Ciudad. Al mismo tiempo un oficial del Cuartel general fué enviado a las murallas con un oficial, mas como el oficial no hallara defensores volvió a dar aviso a Morillo que se hallaba en Cospique. De manera que Morillo y Montalvo supieron casi al mismo tiempo que los patriotas de la plaza no oponían resistencia a los invasores. Inmediatamente el Sr. Montalvo envió «El Cazadores» a órdenes del Coronel Francisco Warleta acompañado del Comandante del escuadrón del Perú D. Ignacio Landázuri. El Brigadier Antonio Cano, con el regimiento León, entró por otro lado ( 3 ) y como no encontraron obstáculo siguieron a la plaza. El Coronel Victoria siguió con su regimiento desde Turbaco, y en este orden avanzó todo la línea hasta la ciudad en menos de hora y media.

El seis de Diciembre cayó la Ciudad Heróica en poder del ejército español. Morales que fué el destinado a tomar posesión de los castillos encontró en el de San Fernando 60 soldados y dos oficiales que a pesar de hallarse tan desfallecidos, trataron de defenderse. Todos fueron pasados a cuchillo pero todos murieron como hombres : Viva la América libre ! fueron las últimas palabras que pronunciaron sus labios al expirar. En los otros castillos y en la ciudad fueron sacrificados el 6 de Diciembre más de 600 personas.

Así cayó la desdichada Cartagena : jamás se ha visto en defensa alguna mayor heroicidad, mayor constancia. A manos del hambre perecieron 5.613 individuos, es decir, la tercera parte de la población. Morillo, el mismo Montalvo, en los partes que dieron a la Corte de Madrid, de la toma de la plaza, al paso que horrorizaban con sus pormenores inspiran sentimientos de profunda admiración hacia aquellos hombres magnánimos, que lucharon por la conservación de su libertad cuanto les era dado en su posición.

El primero confiesa que durante todo el tiempo que estuvo atrincherado delante de Cartagena, no pudo hacer la menor impresión, ni en sus puestos avanzados, ni en las murallas de la plaza ; que había sido rechazado en cada ataque, y sus mejores tropas sacrificadas ; que a la verdad, tal era su deplorable situación que ya había expedido sus órdenes para levantar el sitio, cuando la ciudad fué evacuada. Y Don Francisco Montalvo : «El aspecto horrible que presentó la ciudad a nuestros ojos no se puede describir exactamente. Cadáveres hacinados en las calles y casas, unos de los que acababan de morir al rigor del hambre y

---

( 1 ) La suerte de las familias que emigraron pertenece a otro capítulo de historia.

( 2 ) Este Jefe, Cartagenero y partidario del Gobierno español, cayó prisionero en la batalla de Boyacá, y fué fusilado con 38 más, en la plaza hoy de Bullívar, en Bogotá, el 11 de Octubre de 1819.

( 3 ) Así lo refiere el mismo Montalvo al Ministro de Guerra de España.

otros de los que habían expirado dos o tres días antes y que por ser en número considerable parece que no había tiempo para sepultarlos. Otras personas próximas a fallecer de necesidad; una atmósfera sumamente corrompida que apenas permitía respirar. Nada, en fin, se dejaba notar en estos infelices habitantes sino llanto y desolación. Morillo opina que la ocupación de Cartagena fué un milagro palpable.»

Contra todo derecho de gentes, los jefes españoles dejaron que las banderas tricolores continuaran tremolando sobre las murallas, y los buques de guerra en la misma posición de bloqueo para engañar a todas las embarcaciones que conducían víveres y otros auxilios para los republicanos. Diez bergantines y goletas con más de siete mil barriles de harina, carnes y otros enseres cayeron en el lazo y tuvieron que rendirse bajo el cañón de las murallas. Por ese medio infame hubieran sacrificado traidoramente al General Bolívar, si la Providencia no hubiera permitido que algunos emigrados le hubiesen encontrado en la costa de Jamaica, conduciendo en la corbeta «Luz» auxilios de toda especie para Cartagena, ignorando que esta plaza se hubiera desocupado por las armas de la República.

Morillo trató malísimamente a los extranjeros que con su ardid pudo atrapar; de manera que, alarmados los gobiernos de los Estados Unidos y Jamaica, reclamaron enérgicamente a los súbditos de sus respectivos países.

Muy pronto el invasor habilitó la ciudad para cualquier contra ataque, pues logró desclavar la artillería. Los almacenes, que fueron saqueados, proveyeron de vestuario al ejército; y de las cajas de los particulares reunió Morillo más de cien mil pesos. Entre los efectos de guerra halló 366 cañones de diferentes calibres, con sus municiones correspondientes; más de 9.000 bombas de 7 a 14 pulgadas, 3.388 fusiles, 100 carabinas, 680 sables, algunas pistolas y lanzas; 3.440 quintales de pólvora; 4.727 cartuchos de cañón de varios calibres; 135.800 proyectiles de fusil y 200.000 piedras de chispa. Morillo obtuvo por este hecho de armas el título de Conde de Cartagena.

## EL TERROR.

Al poco tiempo de haber sido tomada la ciudad fué restablecida la Inquisición y sepultados los patritotas declarados insurgentes. «en el antiguo convento de la Merced donde un esbirro ad hoc, con una partida de aquellos bandidos, mataban a palos a los prisioneros, arrojando sus cadáveres al lugar común, cuyos restos se encontraron en 1821 al hacer la limpieza de aquel lugar.» (1)

A fin de establecer un gobierno militar absoluto, como en Caracas, y de disponer de las vidas y los bienes de los patriotas, Morillo creó tribunales compuestos de oficiales españoles. El Consejo de Guerra juzgaba a los particulares como traidores al Rey;

(1) «Gaceta de Bolívar»

la Junta de Secuestros gravaba a los propietarios con fuertes contribuciones; y el Tribunal de Purificación que indultaba a los menos comprometidos.

Después de llenadas todas las cárceles con los adictos a la República, Morillo dispuso por medio del Virrey Montalvo, que algunos patriotas sufrieran un juicio militar por el Consejo de Guerra. Cuando ya estaba todo preparado para su condenación marchó a Mompós. El Tribunal los condenó a muerte como reos de alta traición.

## ALOCUCION de MONTALVO.

Cartageneros :

Mañana serán ejecutados Manuel del Castillo, Martín Amador, Pantaleón Germán Ribón, José María Portocarrero, Santiago Stuart, Antonio José de Ajos, José María García de Toledo, Miguel Díaz Granados y Manuel de Anguiano..... La notoriedad de sus crímenes, el derecho de la guerra y la gravedad de sus atentados, me autorizaban para hacerlos morir antes, sin dar lugar a tántas formalidades, sinó hubiese querido imitar la real clemencia del más benigno de los soberanos ..... Ellos no perdieron medios de perder, extraviar y corromper a los pueblos..... Yo les prometí muchas veces el perdón, les abrí y ofrecí caminos para lo ingenua reconciliación con la Metrópoli; yo hubiera empeñado todo para que, sin esperar que la fuerza obrara este efecto, el Rey los hubiera perdonado; pero sordos a mis persuaciones, negados a los medios pacíficos, emprendieron temerariamente hacer resistencia y contrarrestar el poder de una Monarquía entera, *Comprometiéndolo todo*.....

Cartagena, 23 de Febrero de 1816.

Con el sacrificio de estos nueve patriotas se inició el torpe plan de pacificación con que Morillo prometió someter de nuevo el país a la corona de España. En efecto, el 24 de Febrero de 1816 presenció Cartagena, digna hermana de Sagunto y de Numancia, el sacrificio de los patriotas; fueron fusilados por la espalda al pié de la muralla occidental de la plaza del Matadero, hoy de la Independencia, (Lienzo situado al norte del reloj público.)

Don José María García de Toledo, Don Miguel Díaz Granados y Don Antonio José de Ajos, hijos de Cartagena, abogados de luces y probidad, a cuyo patriotismo y esfuerzos se debió la deposición del Gobernador de la Ciudad, Don Francisco Montes, en 1810, y quienes tuvieron una gran parte en promover la independencia; emigraron de Cartagena en un barco americano que fué apresado en la desembocadura del río Caimito, por el corsario español «La Flecha» y fueron enviados a Morillo para expirar en el patíbulo.

Don Manuel Anguiano, español ilustrado y Comandante de ingenieros de la plaza; que desde el principio se decidió por la

justa causa a la cual prestó cuantos servicios estuvieron a su alcance; no emigró y fué apresado en la plaza.

Don Santiago Stuart, que amaba la libertad con todo el entusiasmo de un hijo de Inglaterra, y la defendía con ardor en el continente Americano: de Buenos Aires había pasado a Cundinamarca y tenía el grado de Teniente Coronel; emigró en un falucho que cayó en poder de los españoles, sobre las islas del Rosario.

Don Martín Amador, hijo de Cartagena, y Don Pantaleón Germán Ribón, de Mompós, quienes debiendo atacar por la espalda al ejército sitiador, fueron batidos en Chimá el 20 de Septiembre de 1815 por Don Julián Bayer, Comandante de la Columna volante del Sinú, hechos prisioneros en las Sabanas y sacrificados en Cartagena.

Don José María Portocarrero, comerciante de Bogotá, que fué aprisionado junto con Ribón y Amador, cuando llevaba algunas comunicaciones para el Gobierno General.

Y por último, el Brigadier Don Manuel del Castillo, a quien por odios políticos, no se le permitió emigrar, y fué aprehendido en el convento de Carmelitas de Santa Teresa. (1)

En la Provincia de Cartagena los mártires no fueron sólo los ilustres del 24 de Febrero de 1816: antes de esta fecha allá en Torrecilla levantó Morillo varios patíbulos y el 20 de Octubre de 1815 rindieron sus vidas al Capitán Pedro Villapol en unión de otros tres prisioneros, el Coronel Salvador Cancino y otros héroes.

Dos hermanos Pérez, hijos del Coronel José Domingo Pérez (Jefe del Fijo) fueron fusilados en la plaza de la Merced.

Dentro del mismo edificio de la Merced, que sirvió de cárcel en esa época, perecieron muchos, asesinados en el silencio de la noche.

Allá en Montería, en una casi desconocida islita, ocurrió al anochecer del 27 de Septiembre de 1815, la escena siguiente: «El Coronel Feliciano Otero, Felipe Madrid y Nepomuceno Jugo fueron asesinados por un sargento estúpido, abandonados en la islita, sin tener para ellos la misericordia de despenarlos, pues al seguir la escolta su camino, se oían todavía los gritos de las víctimas, que sólo reclamaban por compasión la gracia de dejarlos bien muertos. (2)

(1) Una imprudencia lo descubrió a sus verdugos: habitaba Morillo junto con Don Lázaro María Herrera, en su propia casa, y allí, en presencia del mismo Morillo, llegó una mujer solicitando una camisa para mudarse Castillo; aprehendida la mujer, se le obligó con graves amenazas, a que revelase el lugar donde se hallaba Castillo; descubierta por la mensajera, fué rodeado el convento con fuerza armada, y extraído de él, se le condujo al edificio de la antigua Inquisición donde se hallaban las demás víctimas preparadas para el gran sacrificio.

(2) Luis C. Bustamante.

## ANAGRAMAS de los PATRIOTAS

Fusilados en 24 de Febrero de 1816.

JOSÉ MARÍA GARCÍA DE TOLEDO :

«Cae, deja todo, y goza al morir» ..... *J. J. Puello.*

JOSÉ MARÍA PORTOCARRERO :

«Jamás corrió por el terror» ..... *F. Vélez.*

MARTÍN AMADOR :

«Morir.....Nada más» ..... *B. Barraza.*

PANTALEÓN GERMÁN RIBÓN :

«Nombran el Genio, Patria» ..... *A. I. Pérez.*

MANUEL ANGUIANO :

«Un ángel me guía» ..... *E. Delvalle.*

SANTIAGO STUARD :

«Nada.....Tus glorias...» ..... *R. Pedroza.*

ANTONIO JOSÉ DE AYOS :

«Ya todo se nos negó!» ..... *B. Barraza.*

MIGUEL DÍAZ GRANADOS :

«Alma grande guió Dios» ..... *L. R. Sánchez.*

MANUEL DEL CASTILLO RADA :

«Y del cielo tan ruda llama» ..... *R. Pedroza.*

MANUEL RODRÍGUEZ TORICES :

«Y muere Cristo regando luz» ..... *J. Perto.*

